

Premio José Aricó

El 22 de agosto se cumplen tres años de la muerte de José Pancho. En su memoria el Club de Cultura Socialista y la Editorial Nueva Sociedad convinieron en instituir un premio con su nombre, con el objeto de estimular el estudio y la discusión de los temas históricos y políticos que inquietaron su tarea de intelectual y de socialista. El tema de ese primer concurso fue "El fin de siglo y los nuevos desafíos políticos e intelectuales para el pensamiento de la izquierda en los países latinoamericanos" y el jurado estuvo integrado por Arnaldo Córdoba (Méjico), Carlos Franco (Perú), Norbert Lechner (Chile), Juan Carlos Portantiero y Oscar Terán (Argentina), Alberto Koschutze, por Nueva Sociedad, y Carlos Altamirano, por el Club de Cultura Socialista.

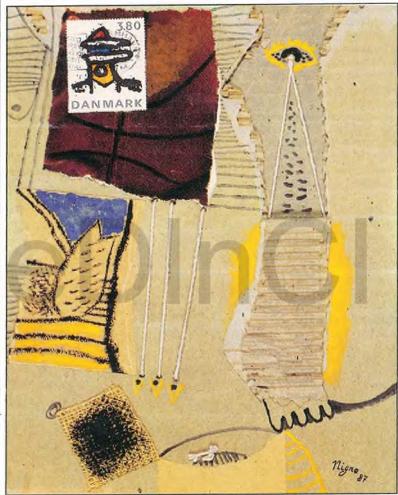
El trabajo que publica *La Ciudad Futura* y que aparecerá también en *Nueva Sociedad*, obtuvo Mención en el concurso y pertenece a Rodrigo Arocena, ensayista y militante uruguayo. Tanto su enfoque cuanto su tratamiento se añadir con el legado de Pancho y constituyen un vivo testimonio sobre la continuidad de sus preocupaciones a favor de una renovación del pensamiento socialista en Latinoamérica.

La Ciudad Futura

La Ciudad Futura

Documentos/Separata

Esta Separata forma parte de la *La Ciudad Futura* Nº 39, Buenos Aires, Invierno 1994.



El reto de existir

Rodrigo Arocena

A la búsqueda de un punto de partida

pactos de ésta nadie está a salvo. Sus consecuencias pueden llegar a hacer más viables ciertos propósitos fundacionales de la izquierda, para la cual quizás se abran, pues, posibilidades grandes y nuevas.

En esta sección introductoria se intentará articular las frases precedentes en una conjeta que vertebrará el trabajo y justificará otra: la de que

El desafío primero que este fin de siglo le plantea a la izquierda es el de su existencia misma. Al presente su decadencia parece innegable. Pero cabe sospechar que ella no es sino una de las primeras entre las muchas víctimas de una gran mutación social. De los im-

difícilmente América latina pueda resolver los desafíos que esta década le plantea si su izquierda no afronta con éxito el de su propia existencia.

No faltan indicios para sospechar que el ciclo histórico de la izquierda toca a su fin. Durante los años 80 se asistió a la decadencia del "tercermundismo", de los movimientos y los régimen políticos que, a lo largo y a lo ancho de la periferia, proponían alternativas no capita-

tivas y la inseguridad -del empleo, del ambiente y de la vida cotidiana-. Pero las grandes propuestas históricas para sustentar en otras premisas las relaciones sociales, o bien no han visto la luz o languidecen o han desembocado en fracasos, algunos estrepitosos. Lo que está en cuestión es la aptitud para hacer cosas nuevas. Porque tampoco la capacidad para la resistencia asegura de por sí la vigencia de la izquierda.

Por supuesto, el rechazo militante a las injusticias -la capacidad para decir "no" y actuar en consecuencia- forma parte fundamental de la esencia misma de la izquierda, de las causas de su apariación en la historia, de los motivos por los cuales la gente adhiere a ella, y también de sus propuestas. Los sustentos de éstas no pueden ser opciones éticas, signadas por la resiliencia a la presión, a la desigualdad, al egoísmo y a una vida sin perspectivas. Esta capacidad de rechazo no sólo debe ser permanente sino también crecer con el propio influjo: la incapacidad para lograr ello en tantos países donde la izquierda llegó al gobierno es causa mayor de su precaria situación de hoy.

Pero la inexcusable opción por constituir un permanente escudo de los débiles no singulariza a la izquierda ni garantiza su vigencia. Esta depende de su capacidad de iniciativa, de supotencial para descubrir caminos por los cuales los más postergados puedan protagonizar la expansión de las libertades, la igualdad y la solidaridad, así como el cambio sustitutivo en la calidad de vida de todos. Es en este sentido que cabe hablar de "transformación social" como vocación definitoria de la izquierda y, consiguientemente, afirmar que ella existe si genera alternativas de transformación que vayan más

¹ Hacían años Michel Albert (*Capitalisme contre capitalisme*, Seuil, 1991) destaca la "hemisferio" de la vida política e intelectual europea, afectada por la lenguaje de modus de sus hemisferios. Hoy es evidente que esa enfermedad afecta de una u otra forma a todas las corrientes democráticas europeas.

allá de los cuestionamientos y los rechazos.

La cuestión central puede pues reformularse así: ¿qué sentido tiene hoy plantear semejante tipo de proyectos de transformación social? Ninguno: ésa parece ser la respuesta que surge del acontecer contemporáneo. Y por ende, en los grandes debates del presente languagec de la participación de las izquierdas. Pero precisamente la globalidad de su crisis sugiere que ella se vincula con tendencias muy profundas de la evolución contemporánea, las que no pueden sino tener consecuencias de primera magnitud para la sociedad toda.¹

Cabe conjutar que las posiciones tradicionales de las izquierdas -en medida diversa según su contenido, su ubicación regional y su raigambre social- son las primeras, y acaso las mayores, pero seguramente no las únicas grandes víctimas de una oleada destabilizadora y desestructurante, la explosión de la innovación. Esta, polifacética y caledoscópica, signa nuestra época: sus ritmos y sus alcances no tienen precedentes. No se reduce, por cierto, a la impresionante aceleración del cambio científico, técnico y productivo de las últimas décadas; pero constituye una verdadera mutación que destabiliza a todas las sociedades y su interacción con otras tendencias profundas de la evolución humana redunda en que todo lo que se crea sólido parezca disolverse en el aire.

Este proceso altera permanentemente

las "reglas de juego" -rutinas,

referencias, regularidades-, multiplica

los reclamos y diversifica los proble-

más, a menudo antes incluso de que

sean advertidos. Afecta pues ante todo

a la capacidad de acción del Estado y

por ende a la "productividad" de la

política, a sus rendimientos ante los

ojos de la ciudadanía. En especial disminuye notoriamente la capacidad del sector público para manejar la coyuntura económica.

Paralelamente, tal aceleración de los cambios -que por momentos parece una onda de choque- pone en cuestión la vigencia, y aun la supervivencia, de relevantes actores colectivos. Ello se relaciona con la menor gravitación del Estado en la economía, pues un estímulo poderoso para conformar grandes agrupamientos es la probabilidad de incidir ventajosamente en las decisiones gubernamentales. Pero quizás otras causas del fenómeno sean ya más relevantes. En efecto, para que resulte posible y útil agrupar a muchas personas en torno a un accionar común, dotado de alguna continuidad, con metas relativamente explícitas y en principio viables, es necesaria cierta homogeneidad y estabilidad en la situación de los convocados. Pues bien, cuando la tónica de la época la fija el crecimiento de la heterogeneidad y la inestabilidad, correspondiendo preguntarse si pueden existir verdaderos actores sociales en medio del cambio permanente. La mutación en curso sienta en el banquillo de los acusados, por el cargo de obsolescencia, al tipo de proyectos, apuestas, actores y formas de acción en los que históricamente ha encarnado la izquierda. Pero no está sola en esa incómoda ubicación.²

A todos involucran los problemas que provoca la innovación y los no

² Una rápida mirada al mundo de 1993 sobre para encontrar abundante confirmación las palabras que siguen, escritas hace algunos años: "El momento de la verdad, diferido durante tanto tiempo, ha llegado, y la verdad es que no puede existir una sociedad buena sin bien, es decir, no puede existir allí donde la política se reduce a economía, los ideales a las ideologías y la ética al cálculo. Si la política es ética, la fabrica social necesita, sin embargo, un hombre moral (junto al hombre político). El hombre político presenta es, por lo tanto, el hombre ético, el hombre moral, el hombre adelantado, la civilización occidental han producido, a continuación, una democracia liberal". (Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia*. Los problemas clásicos, Alianza Editorial, 1988, pág.598; original publicado en 1987).



menos graves que genera la falta de innovación. Las viejas dominaciones y las nuevas desigualdades, entre naciones y grupos sociales, que se sustentan en el acceso al saber técnico y a su aplicación; la marginación económica y social que genera la carrera productiva y política que emana del manejo de la creación científica, la comunicación y la información; la incapacidad para controlarlo de las instituciones conocidas, sus dificultades para renovarse a sí mismas, y la verdadera decadencia de la política y a la cultura. Ubica a las disyuntivas éticas entre las condicionantes mayores de la vida en el planeta. Reivindica las motivaciones fundamentales de la izquierda, y del pensamiento socialista en particular, surgido cuan-

tos, como el de las comunicaciones, tiende a unificar -en lo que dice relación con las aspiraciones, por ejemplo- al tiempo que se fragmenta, tanto por la diversidad y la cuantía de la innovación en ciertas regiones del planeta, y en ciertas áreas de la vida en sociedad, como por su escasez en otras.

Esa problemática de la innovación toma crecientemente irracional la lógica dominante en la economía contemporánea, y más aun, su imposición a la política y a la cultura. Ubica a las disyuntivas éticas entre las condicionantes mayores de la vida en el planeta. Reivindica las motivaciones fundamentales de la izquierda, y del pensamiento socialista en particular, surgido cuan-

do se aceleraba la Revolución Industrial para ofrecer alternativas a los maestros que generaban tanto el desarrollo como la falta de desarrollo.

Luego la cuestión de la vigencia de la izquierda involucra sólo a quienes en ella se reconocen, pues tiene que ver con los deseos comunes a todos los seres humanos de buena voluntad. Más aun, tal cuestión ha de interesar a todos pues esable sostener que la izquierda, sus opciones definitorias y las experiencias de su historia, encierran un abordaje potencialmente fecundo de la problemática contemporánea de la innovación.

Los diversos retos que le plantea a la humanidad esta "era de la incertidumbre", en la que nos adentramos a buen paso, reflejan en alguna medida el divorcio entre solidaridad y eficiencia, que el mundo hoy parecería sanear para siempre. Ello afecta a la medida definitoria de las izquierdas, que en última instancia nada son si no pueden ser un conjunto de exploraciones y construcciones de múltiples formas de la solidaridad eficiente. No es de extrañar pues que en el pasado reciente las mutaciones socioculturales en curso hayan tenido a las izquierdas entre sus víctimas mayores. Pero el mismo punto de vista ofrece una visión del futuro menos pesimista de lo que ha llegado a ser habitual.

En efecto, la explosión de la innovación torma ineficientes las formas tradicionales de la solidaridad, por lo cual afecta en primerísimo lugar a las izquierdas, pero al mismo tiempo hace posible que nuevas formas solidarias lleguen a ser más eficientes para afrontar los propios retos de la innovación. Esta brecha que se ahonda entre solidaridad y eficiencia puede no ser sino la forma transitoria que revisite un pro-

fundo trastocamiento de las claves de la eficiencia. Tienen sostén la conjectura de que la gran transformación a la que asistimos abre asimismo espacios para la construcción de nuevos tipos de acción solidaria, que no sólo puedan demostrar más riesgosas para la vida en el planeta de lo que son ya las modalidades insolitarias prevalentes, sino que además lleguen a ser capaces de pelear las diversas batallas sociales de la eficiencia.

En lo que sigue intentaremos mostrar que tal conjectura tiene cierto valor para orientar nuevas búsquedas en las que la vigencia de la izquierda pueda reverdecer.

E n una obra reciente, Alain Touraine que la politización de las Luces fue representada ante todo

por la idea de progreso que identifica una voluntad política con una necesidad histórica.

Fragmentos para armar

Lo nuevo en la economía

Domina este fin de siglo la convicción de que el curso real de la economía ha consagrado la victoria del capitalismo sobre el socialismo, del mercan-

do sobre el Estado, de los regímenes basados en el interés privado sobre los de tipo colectivista. A nivel de las ideas, el liberalismo habría derrotado definitivamente al marxismo. Sin embargo, se ajusta mejor a los hechos una caracterización más limitada, a la cual podría denominarse -en aras a la brevedad- como el triunfo de Schumpeter.

El Che que da la planificación centralizada constituye la esencia del socialismo. Esta tesis, de un marxismo de trazo grueso, encontró sustento refinado y sólido en la obra de no pocas autoras.³ En ellas, la irracionalidad del capitalismo fue analizada con rigor y la eficiencia superior del uso centralizado plificado del excedente económi-

co defendida tanto a partir de "la razón objetiva" como de la experiencia histórica. Entre los 50 y los 70 tuvieron amplio eco las tesis según las cuales la historia y la razón coincidían en afirmar que la propiedad pública de los medios de producción y su uso centralizado constituyan la única alternativa de avance real para los países dependientes.

En los 80 ya el mundo apenas si se veía así. Una nueva revolución tecnológico evidenciaba que el capitalismo avanzado conservaba y aun ampliaba sus ventajas en materia de desarrollo de las fuerzas productivas. Los países de industrialización tardía más exitosa ya no eran los del Segundo Mundo, donde por el contrario todas las variantes del modelo hacían agua. Y en el Tercer Mundo se había esfumado la esperanza de quebrar la dependencia mediante el acionar de los regímenes estatalizadores, nacionalistas o socialistas. Llegó a ser indiscutible lo que Schumpeter había señalado ya en 1911: la centralidad en la economía contemporánea del fenómeno de la innovación.⁴

Tal fenómeno debe ser entendido

4⁴ Clasificando todos los factores que pueden ser causantes de cambios en el mundo económico, he llegado a la conclusión de que, aparte de los factores externos, existe uno puramente económico de importancia capital, y al que he dado el nombre de innovación. He tratado de demostrar que el modo en que aparecen las innovaciones y en qué son absorbidas por el sistema económico es suficiente para explicar las continuas revoluciones económicas que son la característica principal de la historia económica. [...]

Mis teorías pueden ser equivocadas; mis expectativas de solidaridad no son más que una de tantas posibilidades; pero hay dos cosas de las que estoy seguro: primero, que se debe tratar al capitalismo como un proceso de evolución, y que todos sus problemas fundamentales arrancan del hecho de que es un proceso de evolución; y, segundo, que esta evolución no consiste en los efectos de los factores externos (incluso factores políticos) sobre el proceso capitalista, sino en los efectos de un lento crecimiento del capital, de la población, etc., sino en esa especie de mutación económica, la que atrevo a llamar témino biológico, la que he dado el nombre de innovación". (Joseph A. Schumpeter, Teoría del desenvolvimiento capitalista, FCE, 1957, pág. 9 y 12; edición original 1911).

³ Entre las cuales la de Paul Baran, en particular su *Economía Política del Crecimiento* (IPC, México, 1959), que tuvo considerable influjo en la izquierda latinoamericana.

en forma amplia, como la capacidad de generar nuevas combinaciones -para producir cosas nuevas o las mismas por nuevos métodos, combinando de manera original recursos ya conocidos o introduciendo otros desconocidos-. En particular, un "invento" nubra es de por sí una innovación en el sentido que aquél nos ocupa; puede llegar a ser parte de una, en la medida en que se logre integrarlo a una nueva combinación productiva, lo cual siempre exige bastante más que el trabajo "de laboratorio". Así, aunque la expansión científico-técnica constituya una fuente potencial rápidamente creciente de oportunidades para la innovación, ésta no se reduce a aquella; tiene, en particular, por lo menos tanto que ver con la "demanda" de conocimientos como con su "oferta", con la capacidad de la sociedad para usar la tecnología como con sus aptitudes para generalizar.

Se visualiza así un proceso social multifacético, difícilmente predecible y esencialmente discontinuo, cuyos manantiales se encuentran en ámbitos muy diversos. Su despliegue resulta contradictorio con las relaciones de producción consolidadas y, en general, con las estructuras rígidas, las rutinas establecidas y las ideas bien instaladas. El fenómeno de la innovación se ha elevado al primer plano del escenario, astillando en su auge a todos los estatismos -constitutivamente poco flexibles- y dejando malparada la esperanza de que la "razón objetiva" permitiera un eficiente planeamiento global del desarrollo productivo.

Con la economía hemos tenido: ésta era la señal del fin del camino para las izquierdas? En un libro fundamental, Alec Nove⁵ ha demostrado acabadamente que la obra de Marx muy poco tenía para aportar a la construcción de una economía socialista, pero que su influjo fue bastante negativo en ese campo para los comunistas. No estaba mejor preparada la socialde-



tempera de tales propósitos o la validez de sus antiguos supuestos que está en cuestión? Lo nuevo suele tener muchas caras.

Los supuestos clásicos

En su formulación clásica por el marxismo, la propuesta de la izquierda se basaba en tres grandes supuestos entrelazados: la existencia de un sentido de la historia, un significado y una dirección que garantizan el mejoramiento de la sociedad; el poder de la razón para llegar a hacer transparente tanto ese sentido como las leyes de la dinámica social; la capacidad de los seres humanos para alcanzar un nivel de producción suficiente para atender todas las necesidades y garantizar la abundancia. Llamémoslos, para abreviar, los postulados de sentido, transparencia y abundancia.

Los tres supuestos se han esfumado junto con la confianza en el progreso que constituyó su cimiento común. Hace poco Regis Debray se pregunta si no estaremos asistiendo al final de un movimiento que data por lo menos del siglo XVIII, para el cual la política

⁴ Todo esto lo explica con detalle Adam Przeworski en *Capitalismo y socialdemocracia*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

⁵ Así, cuando Nove reconsidera su enfoque de hace una década para preguntarse "¿Tiene futuro el socialismo en Occidente?" (Título de un artículo publicado en *Leviatán* 49, 1992, pág. 45-56.), y liga una respuesta positiva a la facultad del Estado de bienestar, parecería más bien negativa la contestación sugerida por la dinámica económica contemporánea.

³ Alec Nove, *The Economics of Feasible Socialism*, George Allen & Unwin, Londres, 1983.

es la continuación de la filosofía por otros medios. En una obra reciente, Alain Touraine⁵ recuerda que la politización de la Filosofía de las Luces fue representada ante todo por la idea de progreso que identifica una voluntad política con una necesidad histórica. Esas es la columna vertebral del pensamiento historicista, según el cual los conflictos sociales son ante todo los del porvenir contra el pasado, estando asegurada la victoria del primero por el avance de la razón, los logros económicos y los éxitos de la acción colectiva.

Los supuestos anotados han sido invalidados ante todo por la experiencia histórica vivida durante el siglo XX. En particular, el impresionante despliegue técnico-productivo, coexistiendo con carencias de todo tipo, afectando al medio ambiente y propiciando una explosión de necesidades, ha puesto en evidencia la irreabilidad del postulado de la abundancia.

Aquella idea de progreso tuvo su auge mayor durante el siglo XIX, figurando entre sus causas relevantes el optimismo propio de la ciencia de la época. Por entonces, lo que cabría denominar como paradigma newtoniano-atomista, la reducción de la complejidad al accionar de grandes leyes sencillas e inmutables que establecen precisamente el comportamiento de ciertos elementos simples, parecía extensible a todas las disciplinas, garantizando así una pronta completación de una suerte de "suma" de conocimientos e inventos.

Al comienzo del siglo, la física lucía a punto de reducir la estructura básica de la materia a unas pocas "partículas elementales". Poco después, revolu-

ciones avances de la propia física cuestionaban sin piedad aquél parádigm a que sus propios éxitos habían elevado al pincel. Al presentarse, la visión misma de lo que es hacer ciencia ha cambiado y también se ha modificado la visión del mundo ofrecida por la ciencia.⁶ Esta se ha hecho histórica, tiende a considerar como provisoriamente parciales a sus propios "productos", deja de lado la pretensión "monista" de reducirlo todo a un orden fundamental de fenómenos, a un tipo único de explicaciones. En suma, puede hacer suya una afirmación central de Laclau y Mouffe: "La pluralidad no es el fenómeno a explicar sino el punto de partida del análisis".

La ciencia, y más específicamente, la ciencia-físico-matemática desarrollada en Europa Occidental entre los siglos XVII y XIX, fue vista como la mejor prueba del poder de la razón para hacer transparente la realidad. No es pues de extrañar que el ocaso de aquella visión

⁵ "Se impone una descripción plural que ponga en juego puntos de vista y modos de descripción distintos que, en consecuencia, no suscite ya la ilusión de que la física busca el nivel definitivo fundamental de descripción, a partir del cual todo estaría dado". (Ilya Prigogine, *Tensores en la Ilusión: Una exploración del caos y el orden*, Ed. Tusquets, Barcelona, 1988, pág. 90).

⁶ "Deuda la Grecia clásica, la ciencia ha venido orientando al descubrimiento de elementos estables, ya sea el agua, como propone Tales, ya sean moléculas, átomos o partículas elementales. Pero, como sabemos, uno de los descubrimientos más extraordinarios de nuestro siglo es el hecho de que las partículas elementales suelen ser inestables". En suma, "no cabe duda de que la ancestral idea de la estabilidad de la naturaleza ha encajado un duro golpe. Nos hemos dedicado a buscar esquemas generales, globales, a los que pudieran aplicarse definiciones axiomáticas inmutables, y lo único que hemos logrado, entodos los campos, ha sido encontrar tiempo, acontecimientos y fenómenos de evolución". (Idem, pág. 157).

de la ciencia -que encerraba, por cierto, un extraordinario potencial teórico y práctico- contribuyó a la desconfianza en la razón. Pero la superación de una concepción como presumiblemente ha de serlo cualquier otra, no supone el ocaso de la razón. Lo que los hechos y las ideas de nuestro tiempo nos sugieren abandonar es en realidad la pretensión de totalidad: una razón capaz de hacer transparente el funcionamiento supuestamente predeterminedo del mundo, captando su totalidad la evolución de la humanidad, apuntada ésta hacia la abundancia sin límites, que permitiría eliminar opacidades y contradicciones de la vida en sociedad.

Del historicismo a la prospectiva

Las propuestas de las izquierdas constituyen un aspecto relevante de la polifacética idea de modernidad, cuyo eje fue la confianza en el triunfo de "la razón", supuesta invariante a lo largo del tiempo según las culturas, pero de hecho entendida en forma poderosamente condicionada por una cierta etapa de la evolución de la ciencia y la técnica. Aquella idea se manifestó con fuerza en algunas corrientes de pensamiento denominadas "historicistas", impregnadas por el concepto de totalidad y caracterizadas por la afirmación de que la historia tiene el triunfo de la modernidad. En sus formulaciones más ambiciosas, las propuestas devanían profecías, anunciantoras del próximo pasaje del reino de la necesidad al reino de la libertad.

¿Puede todavía la razón informar de alguna manera el accionar colectivo para la transformación social? Ello no sabría ya basarse en la pretensión de conocer el sentido de la historia. Desde éngulo semejante, el historicismo está superado. En su lugar, para afrontar el reto de la innovación, cabe explorar las tendencias profundas de la evolución socio-cultural, poniendo la "historia razonada"⁷ al servicio de la prospectiva,

⁷ También Schumpeter, uno de los más implacables críticos del Marx profeta, dijo de él: "Fue el primer economista de rango superior que vio y enseñó, sistemáticamente, cómo la

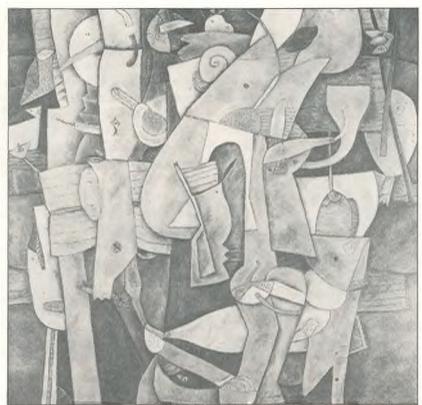
del esfuerzo de anticipar ciertos rasgos de una gama de futuros posibles -los "futuribles", al decir de Bertrand de Jouvenel a fin de buscar en ellos espacios donde construir nuevas formas de la solidaridad eficiente.

Semejante enfoque -dicho sea de paso- va más allá de la tensión clásica en el marxismo entre la necesidad histórica y la voluntad política. A la pregunta acerca de cuál de ellas ha de primar, las respuestas polares fueron la confianza en el determinismo de la ortodoxia o la II Internacional y la apuesta al vanguardismo partidario de la III. Ambas, como la interrogante misma, son ya anacrónicas.

La prospectiva ha superado aquella etapa petulante en la cual se actuaba como si la combinación de un modelo matemático con una computadora poderosa pudiera predecir el futuro. Las experiencias más valiosas en la materia tienen que ver con la anticipación de peligros y oportunidades, a partir del encuentro de gente de inserción social diversa, que reflexiona en torno a escenarios alternativos para el porvenir. La prospectiva comienza en la retrospectiva -que no puede ser sino la "historia razonada"-, desde la cual es factible encontrar lenguajes comunes y complementar visiones propias de actores sociales distintos. Allí a su vez hace posible imaginar cursos de acción viables y deseables, llegando a forjar consensos orientados a implementarlos, de modo tal que el futuro construido tenga una relación significativa con los futuros posibles imaginados.

En las antípodas de la futurológia, descreyendo tanto de la "necesidad histórica" como del "todo puede pasar", la tarea prospectiva se orienta a precisar cuáles son las restricciones difíciles de esquivar y cuáles los espacios de libertad para la construcción del futuro. Así pues un auxiliar para la forja democrática de voluntades colectivas con bases

teórica económica puede convertirse en análisis histórico y cloro la narración histórica puede convertirse en historia razonada". (*Copitalismo, socialismo y democracia*, Ed. Aguilar, México, 1963, pág. 74).



tacionales. Los estudios acerca del futuro han mostrado particular utilidad en ciertos momentos y países para anticipar fructíferamente algunos caracteres de la aceleración del cambio técnico, componente mayor de esa explosión de la innovación que es una de las causas principales de la crisis de las izquierdas. Resalta pues relevante el que una prospectiva del cambio técnico sugiera algunos rumbos para revitalizar las búsquedas que definen a las izquierdas. Aquí sólo podemos presentar el argumento telegráficamente.

La corriente denominada "neochumperiana" de los economistas de la innovación⁸ intenta interpretar las transformaciones tecnológicas y productivas en términos de un "cambio de paradigma" que las vincula estrechamente con aspectos sociales e institucionales, las condiciones de trabajo particular. En esta perspectiva, la crisis que siguió a los "treinta gloriosos" del

⁸ Una referencia reciente, con amplia bibliografía, es: Christopher Freeman, *The Economics of Hope. Essays on Technical Change, Economic Growth and the Environment*, Pinter Publishers, 1992.

trabajo intelectual y manual- se ven gravemente comprometidas. En particular, la organización taylorista del trabajo se torna obsoleta y, más en general, asistimos al ocaso del fordismo.

En esta visión, la primacía no está relacionada unilateralmente con los aspectos tecnológicos. La realidad contemporánea sugiere que a menudo los que mejor se ubican en el "nuevo paradigma técnico-productivo" no son quienes poseen mayor capacidad científica y de inversión sino quienes anticigan nuevas claves.

socioinstitucionales de la eficiencia y encuentran en su acervo cultural alternativas comprobables, entre las cuales cabe destacar el avance de técnicas "limpias" -no contaminantes ni dispensiosas-, la revalorización productiva de la pequeña escala y de la descentralización, el creciente papel de los colectivos de trabajo en la innovación, la centralidad económica de la calificación de alto nivel de las mayorías. La prospectiva sugiere que quizás las búsquedas de formas de la solidaridad eficiente tengan en el futuro alcance mayor que en el pasado.

La renovación desde dentro

Antaño, la visión monista permitió creer que existe una gran llave maestra para abrir la puerta a la transformación de la sociedad. "Los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada", dice el Manifesto. En la medida en que el poder es pensado en singular, puede suponérsele concentrado en un punto y

sustentado en una causa. Luego, la erradicación de esta última será la clave para que las relaciones entre los seres humanos tenderían a ser transparentes y no incluyeren la dominación de unos sobre otros.

Pero, por supuesto, la comprensión de la diversidad y la complejidad de los poderes en juego se ha abierto paso con la fuerza convincente de los hechos. Ella se trasciende en la variedad de "nuevos movimientos sociales" que, galvanizados en mayor o menor medida por los ideales del 68, encarnan cuestionamientos nuevos a poderes variados. En ellos han visto Lacau y Mouffe¹² ejemplos de la extensión a nuevas relaciones sociales de la revo-

lución democrática contra la sociedad jerárquica con desigualdades legítimas. A sus ojos, la comprensión de la pluralidad de esferas de acción social, y de las identidades colectivas que en las mismas se constituyen, es la clave de la "democracia radical" que proponen como "alternativa para una nueva izquierda".

La riqueza de las nuevas luchas democráticas, el cuestionamiento a formas de subordinación y aun de violencia que hasta hace no mucho se aceptaban casi como si fueran "naturales", y la conformación en tales contextos de nuevos actores colectivos, revelan una creciente sensibilidad social y, también, una real capacidad de acción. Pero, de una forma u otra, todas las prácticas sociales del tipo anotado se encuentran con ese problema decisivo que es el de hacer de los impulsos éticos algo más que fuente de rechazo. Ella es notorio, en particular, en el terreno de los privilegios que genera el control del conocimiento. "Saber es poder", pero apenas si hemos sabido luchar contra ese poder, fundamentalmente porque parece muy difícil encontrar alternativas viables a las formas conocidas de organización, distribución y uso del saber.

Y, desde este punto de vista, los retos a resolver destacan uno muy antiguo, pero más actual que nunca, el de la democratización de la técnica. Esta es fuente de poder creciente, vale decir, de subordinación y desigualdad. Pero justamente la centralidad que asume en la economía contemporánea el saber, en muy diversas formas, pone en entredicho la eficiencia no sólo "macro" sino también "micro" de su concentración en minorías, fenómeno tan viejo como la civilización. El incremento en flecha del conocimiento, y de sus ritmos de cambio, lo paralela, dificulta el acceder a él y automatiza sus aplicaciones rutinarias. Parecería pues que el uso del conocimiento, su comprensión misma y su control no podrán sino ser tareas de índole crecientemente colectiva.

Se esbozan así alternativas para la revo-



prácticas de las izquierdas, a la hora del ocaso de las concepciones tradicionales. La visión clásica sugería en cierto sentido una actitud de exterioridad frente al proceso de desarrollo de las fuerzas productivas; se trataba de suprimir las trabas que para ese desarrollo suponen las relaciones sociales vigentes, a partir de lo cual el proceso en cuestión -supuesto único-, predestinado y positivo- ilegaría a asegurar la abundancia y, con ella, la abolición de todas las formas de dominación. Semejante garantía del futuro ya no resulta aceptable. Tampoco el creer que la evolución de las fuerzas productivas es siempre la única posible, ignorando sus disyuntivas y ambigüedades, su condición de arena de conflictos y su dependencia no sólo de condicionamientos externos sino también de agentes sociales que actúan en su interior. La historia sugiere que el desarrollo técnico-productivo está por cierto fuertemente condicionado por "la naturaleza misma de las cosas" -cuálquiera sea ella- pero que no es único el curso viable de los acontecimientos. Una y otra vez aparecen encrucijadas, ante las cuales las opciones se ven grandemente influenciadas por los financiamientos disponibles, la trama de intereses crea-

dos, las conjecturas y hasta los gustos de los involucrados; vale decir, por la cultura y la distribución de los poderes prevalientes. En la prioridad acordada a décadas atrás a la energía nuclear influyeron por lo menos tanto como las consideraciones de tipo científico o económico las preferencias por la gran escala, las estructuras centralizadas y el control desde el vértice del Estado.

Las trayectorias posibles de desarrollo suelen ser múltiples; cuando una se hace realidad, nuevas alternativas se abren, pero otras resultan bloqueadas. Cuando los bolcheviques promovieron la taylorización de las relaciones industriales entusiasmante reclamada por Lenin, que endosaba su pretensión de ser "la organización científica del trabajo" -no sólo afianzaron la división entre trabajo manual e intelectual y el despotismo de la fábrica; también facilitaron tanto la construcción compulsiva y acelerada de una base industrial moderna como la cristalización de un modo de producción que, cuando la innovación adquirió nuevos ritmos y rasgos, evidenció la flexibilidad y la capacidad de adaptación de los dinosauros. Y conoció similar destino.

El taylorismo se amplió y reconvirtió en fordismo, estructura produc-

tiva característica de la gran industria de las décadas intermedias del siglo XX, y de su prosperidad. En los países más desarrollados ella supuso no pocos beneficios para amplios sectores de trabajadores, la homogeneización de cuyas condiciones de labor facilitó el desarrollo de un sindicalismo eficiente para la reivindicación de ingresos al alza y estabilidades en el empleo. Paralelamente, esa modalidad productiva mantuvo y aun acentuó ciertas facetas de la desigualdad y también de la subordinación de los trabajadores, no sólo porque muchos nunca accedieron al sector de empleo protegido y altos salarios, sino por varias otras causas que incluyen la acentuación tanto de la descalificación obrera como de la oligopolización de la información y del saber. Esto implica que en manos de pequeñas minorías queda la capacidad de impulsar, de influenciar y hasta de entender la innovación, lo cual simultáneamente limita sus alcances, bloquesa su control social y degrada las condiciones de trabajo. Esto último se vio reflejado por ese "malestar en la fábrica" de los países prósperos, que tomó cuerpo en los 60 y se hizo notorio después del 68.

Dos caras, al menos, tiene pues el

¹²Tal escenario puede ser descrito como la tendencia "hacia un tecno-apartheid global", título de un artículo de Ricardo Petrella en *Les frontières de l'économie globale, éditions pour Le Monde Diplomatique*, mayo de 1993.

¹³E.Lacau & Ch.Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, Londres, 1985.

ocaso del fordismo. Una, ya bien visible, mira al pasado y muestra entre sus rasgos el robustecimiento de la desocupación, la incertidumbre generalizada acerca de las perspectivas laborales y la fragilidad del sindicalismo. Pero otra cara, más intuida que contemplada, mira hacia los nuevos desafíos que suponen luchas nuevas. Los cambios técnicos desplazan trabajadores y condenan al trabajo poco calificado pero revalorizan al trabajo calificado, haciendo potencialmente más eficientes nuevas distribuciones del poder y del saber en el interior del proceso productivo y enfatizando el carácter siempre conflictivo pero también crecientemente colectivo de la innovación a todos los niveles.

No creamos que existe un nivel privilegiado y determinante de lo que ocurre en todos los otros ámbitos de la sociedad. No estamos pusiéndole que lo sea el de las relaciones de producción. Nos referimos a él en particular no sólo por su indudable importancia sino también porque ejemplifica las nuevas posibilidades, que se abren en espacios diversos, de impulsar transformaciones desde el interior de los tejidos sociales. Puede revivir así, ya sin fórmulas de gabinete ni pretensiones de totalidad sino imbricándose con tendencias profundas del devenir social, lo mejor de la tradición del "socialismo utópico", que es *"el postulado de una renovación de la sociedad por renovación de su tejido celular"*.¹⁴ El mismo ha empezado a tomar cuerpo en la aún incipiente diversificación de las luchas democráticas en la cual perdura lo más valioso del 68.

En suma, desvalorizadas las ex-

pectativas antaño depositadas en supuestos automatismos del desarrollo técnico-productivo, se hace necesario actuar –vale decir, estudiar, proponer, impulsar, siempre, luchar– en el interior de ese proceso de desarrollo. Al intentarlo se detectan tendencias contrapuestas, que emparcan conflictos cuya dilucidación dependerá fuertemente de la constitución de actores colectivos, capaces de iniciativa en los múltiples espacios donde se definen los derroteros de la innovación, tanto técnica como institucional y cultural.

Al replanteamiento en términos contemporáneos el desafío de la vigencia de la izquierda, en tanto que de proyectos de transformación social, ha perdido su lugar la meta de "construir el socialismo". La historia la ha dejado atrás, juntos con una cosmovisión cuyo tiempo pasó.

visión monista, esa esperanza depositada en una gánzula única, capaz de abrir la puerta por la que se podría pasar de una sociedad a otra, redundó en la primacía inquestionada de la política entre las formas de acción colectiva. Esa apuesta unilateral al "todo político" ha llegado a convertirse al presente en umbralización gravitante de la crisis de las izquierdas, como lo fue de su auge hasta ayer cercano.

El proceso de modernización, del que la revolución sería un aspecto, ha sido caracterizado por la brusca extensión del deseo de participar en la política, supuesto propio de toda sociedad afectada por cambios sociales y tan visible un cuarto de siglo atrás.¹⁵ Muy

distinto es el panorama del presente. La vocación participativa se esfuma junto con las esperanzas en la política. Esta tiende a ser vista como un coto reservado a especialistas y alejado de la vida cotidiana, donde escasean los valores y al que sólo los medios de comunicación nos acercan.¹⁶

Claro es que el desinterés por la política no puede, en un obvio círculo vicioso, sino acentuar la primacía de la mala política, la que se muestra como un juego infeliz orientado tan sólo por los intereses de quienes lo practican. En las democracias antiguas como en las nuevas o renovadas, la insatisfacción con la política y con el escalar gubernamental alcanza niveles impacientes.

En este panorama, no es evidente lo fecundo de aceptar, como sugiere Sartori,¹⁷ que la idea de "gobierno popular" no puede realmente significar "demopoder" sino más bien "demodistribución", vale decir, "más igualdad en los beneficios y menor desigualdad en las pérdidas para el pueblo". La relevancia de esto último no debería ser minimizada, como tampoco la dificultad de aumentar la participación del pueblo en el gobierno. Pero enormes son los riesgos que implica ubicar al pueblo esencialmente en el papel de receptor de beneficios del gobierno. Ella fomenta, en especial, una pasividad política que tiende a la inmundicia de la democracia frente a los ataques directos de los golpistas, que por cierto no han desaparecido de América latina, o ante el racismo y la xenofobia. Refuerza el desinterés, y por ende el desconocimiento, de lo que atañe a la cosa pública, lo cual a su vez no puede sino agravar el proceso de "mala selección" descrito por el propio Sartori y profundizar la decadencia de la política. En especial, el desinvolturamiento políti-

¹⁴ Tomás Moulian, "Lamodernización de la política", *FORO 2000*, N°7, Santiago, noviembre-diciembre, 1992.

¹⁵ Giovanni Sartori, *Tesis de la democracia contemporánea. El debate contemporáneo*, Alianza Editorial, 1988, pág. 288.

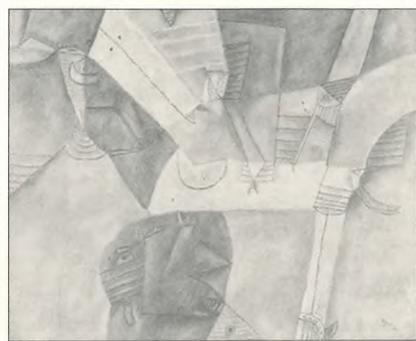
co del ciudadano lo deja casi inerte ante los forjadores de opinión, cosa que tiene mucho que ver con la sustancia de la democracia.

Se entiende y se aprende a partir de lo que se sabe. Se sabe lo que se es capaz de hacer y de comunicar. En suma, la calidad de la política depende de una educación para la democracia, de un aprendizaje de lo que atañe a la toma de decisiones colectivas, basado en ciertas dimensiones relevantes: esenciales, laborales, habitacionales, etc., de la vida de cada uno.

Vivimos los auges paralelos de la razón instrumental y del irracionalismo. El poderío creciente de las técnicas cada vez más especializadas parcela al conocimiento y desmenaza a la cultura. Induce un predominio de lógicas específicas que mutilla la reflexión. Deja a la sociedad inerme ante lo que ella misma genera pues no parece capaz de controlar, y ni siquiera de comprender, lo que producen laboratorios y computadoras. No es de extrañar que vaya de la mano con la proliferación de las sectas y el revivir del irracionalismo, en conductas que a menudo revisten una tónica de "sávanes quién pueda". La discusión racional se hace muy difícil en espacios públicos cada vez más fragmentados. Y así las decisiones sobre lo que a todos atañe resultan ajenas para los más, con lo cual difícilmente pueden ser eficaces. Promover la participación, desde diversos espacios abiertos, en la resolución de las cuestiones colectivas aparece así como una insustituible educación política para una convivencia deseable.

Parafraseando la disyuntiva antes evocada, diríamos que la práctica del "demobobierno" es capítulo central del aprendizaje cívico en materia de gobierno sin el cual no se forma una opinión pública capaz de "bien seleccionar", de efectuar opciones realmente conducentes al "demobeneficio".

Así, entre la democracia de los antiguos y la democracia de los modernos no existe sólo una vinculación terminológica, sino también una conexión mucho más profunda, que no



es tampoco una identificación sino más bien un hilo conductor hacia una educación para una política eficiente. El ideal de la polis, inspirador de las microdemocracias de antaño, no puede informar la constitución de las macrodemocracias del presente. Pero éstas descienden sin una formación que nos permita captar lo que está en juego en las decisiones políticas, su carácter conflictivo y aun inevitablemente ambiguo, sus beneficios y sus costos. Y esa formación requiere de la práctica de la participación en la resolución de problemas que, simultáneamente, nos afectan en medida considerable y nos vinculan con otras personas.

El "todo político" predominante en las izquierdas se bifurcó. En "Oriente" encarnó en el sometimiento de la sociedad a lo estatal y partidario, propio de un "socialismo bizantino" que resultó incapaz de soportar su propio peso. En "Occidente", el menosprecio de lo ajeno al gobierno y a los partidos signó a un "socialismo latino", hoy sumido en el descrédito tras haberse asilado en esa política suspendida en las alturas a las que no llegan fácilmente los antifascistas al cinismo.

La decadencia de la política, como la fragmentación del espacio público y

¹⁶ Una referencia básica para el tema es: Bengt-Ake Lundvall (ed.), *National Systems of Innovation. Towards a Theory of Innovation and Interactive Learning*, Pinter Publishers, Londres, 1992.

especial, de lo que cabría denominar "el tejido social de la innovación".

Así se esbozan posibilidades nuevas para esta tarea cardinal que es la construcción de actores colectivos, definidos por su ubicación ante grandes retos del presente y aptos para ofrecer vías de participación a través de las cuales muchos ciudadanos puedan descubrir o redescubrir sentidos varios de lo público, lo cual les permitirá interesar a la política, incidir en ella y recuperarla para la ciudad.¹⁹

Bien, ¿cuál es hoy

"la ciudad"? No resul-

taría aceptable la pre-

tensión de que ella fu-

ra única ni, mucho me-

nos, la que enuel-

va, a la usanza clásica

la vida entera del ciu-

dadano. Contempó-

neamente, al decir de

Laclau y Mouffe, la de-

mocracia deberá con-

sistir en el reconoci-

miento tanto de la mu-

tipicidad de las lógicas

sociales como de la ne-

cesidad de su articula-

ción. Luego, la eficacia de las luchas contra los poderes variados, y portear sufrimientos diversos, requiere atender entre otras a las siguientes tres condiciones necesarias, obviamente imbricadas: la conformación de "espacios públicos" específicos y, en ellos, de actores colectivos relevantes; la vertebración, desde las experiencias sociales más prometedoras, de propuestas que capaciten a los actores "resistentes" -ante las dominaciones y las injusticias- para sentirse "construc-

tores"; la vinculación entre los actores y la articulación de las propuestas en una labor de sintesis.

Esta última tarea debiera integrar la definición de la política de la izquierda, porque cuando ésta no la realiza se hace parte de ese espectáculo lejano, suspendiendo sobre un vacío social, del que la TV nos da cuenta. La tarea en cuestión puede ser pensada a partir de la evolución histórica de la noción de hegemonía.²⁰

Gramsci la vinculó con los ideologizadores, en el plano de las ideas y los valores, que posibilitan la construcción de las voluntades colectivas. En la era del "pluralismo radical" es preciso conjugar elementos históricos y sociales dispersos, pero también expectativas y "tiempos" diferentes.²¹ Se trata de averiguar si tiene sentido una práctica

¹⁹ Al encarar una problemática análoga desde el punto de vista de los desafíos ambientales, la identificación clásica entre espacio público y política ha sido resumida en términos que parecen apropiados para los "desafíos por cuanto no son dioses ni bestias": "también los que poseen la capacidad de pensar y expresar sus pensamientos por medio de palabras. En el caso de que los hombres fueran bestias, sabrían actuar adecuadamente por medio del instinto; en el caso en que fueran dioses, por medio de la omnisciencia divina. No siendo lo uno ni lo otro, los hombres erran en la incertidumbre respecto al futuro, deben procurar, constantemente, la salvadilla adecuada a los desafíos frente a los cuales la naturaleza y la historia los coloca, sabiendo que cualquier decisión equivocada puede conducir a la catástrofe. Si en su triunfo, ante esta situación, es el donde la palabra, por medio de un Estado omnívo, se decide en qué medida alcanzaremos a través de la discusión racional en el espacio público de la ciudad, donde diferentes posiciones son expuestas, y la proposición final es la que responde a las mayores probabilidades de ser correcta". (José Augusto Padua, "Espacio público, interés privado y política ambiental", en *Nueva Sociedad N°122*, noviembre-diciembre, 1992).

²⁰ Al respecto, nos referimos a la yamenionada obra de Laclau y Mouffe.

²¹ "No existe un tiempo único, hay tiempos, tiempos sociales. Obrero o empresario, jubilado o estudiante, cesante o funcionario, mujeres y varones, todos ellos tienen nociones diferentes de tiempo y, por ende, tienden a disponer de su tiempo de manera diferente. A la vez, sin embargo, hay una realidad simultánea para todos ellos. Una realidad de las políticas que vinculan ambas dimensiones: urgencia subjetiva y plazos objetivos, para un orden contemporáneo". (Norbert Leshner, *Lospasos interiores de la democracia. Subjetividad y política*, FCE, Chile, 1990, pág.64).

política orientada a la construcción de una voluntad colectiva -mediante la articulación en diversos planos de tradiciones, experiencias, reivindicaciones, pericias, ensonanzas-, de modo de conformar un sujeto que pueda ser protagonista relevante de un ciclo histórico de alcance intermedio entre el corto plazo y la "larga duración", del que se sientan partícipes gentes diversas pero capaces de reconocerse en un proyecto compartido.

Para la reconstrucción de la izquierda

Al replantear en términos contemporáneos la cuestión central -el desafío de la vanguardia de la izquierda en tanto haz de proyectos de transformación social- ha perdido su lugar la meta de "construir el socialismo". La historia la ha dejado atrás, junto con una cosmovisión cuyo tiempo pasado. Ya no cabe esperar o intentar precipitar el tránsito a la buena sociedad, sino de trabajar y luchar en ésta. Y por ende mucho mayor es la relevancia de las propuestas de inspiración socialista: no se trata de los hipotéticos rasgos de un manana garantizado pero impreciso, sino de orientaciones para vivir el presente y en él construir el futuro.

Las diversas estrategias de "ruptura con el capitalismo" desembocaron en la subordinación de todas las formas de acción colectiva a lo partidario estatal, único ámbito concebible para efectuar semejante ruptura. A lo largo de este siglo, las dimensiones del Estado crecieron notablemente y aun más notable resultó la diversificación de sus cometidos, que ha puesto en cuestión la efectiva realización de los mismos. Se asiste así a una verdadera crisis del Estado, acelerada por la explosión de la innovación, la cual impulsa la decadencia de la política y pone en entredicho la vanguardia de las izquierdas volcadas a lo político estatal. En esta perspectiva, la hipertrofia del Estado seguida por su derrumbe, al Este, y la limitación de los esfuerzos transformadores a lo que se puede hacer desde el Estado, cuyo potencial se embota, al Oeste,

anuncian el final de toda una época en la historia de las izquierdas.

Otra se irá dibujando en la medida en que viejas ideas fundacionales revelen mayor eficacia que los proyectos de inspiración estatista.²² Se esboza una apuesta a la sociedad cuyo impacto en el destino de la izquierda dependerá de que la búsqueda de formas de la solidaridad eficiente suscite respuestas a los desafíos de la innovación que desbordan la lógica del capitalismo. Esta se muestra poco apta para afrontar varios de aquéllos; bien se sabe, por ejemplo, que los mecanismos del mercado no resultan ecológicamente eficientes.

Asimismo, la gravitación del factor conocimiento en la economía contemporánea pone en erosión profundamente la lógica mercantil. Quizás estemos recién en los inicios de una gran transformación de la dinámica económica, ligada a la centralidad creciente de la que convendrá llamar "acumulación social de conocimientos", los aprendizajes colectivos que trascienden tanto la capacidad individual como el sistema educativo formal y se hacen realidad en los "encuentros" entre personas y grupos, en las diversas facetas de la interacción productiva. Más que individuos muy preparados o equipos altamente capacitados, los que se desarrollan así son tejidos sociales en los que encarna el conocimiento.

Los ejemplos podrían multiplicarse en relación con las condiciones de vida, de producción, de comunicación y en general de convivencia de los seres humanos. No se diseña por esta

²² Refiriéndose al "núcleo compartido de certidumbre entre los sectores principales de federalismo, de regionalismo y poderes locales, de democracia directa y municipalidades, de traspaso a la sociedad y algo a la sociedad, no a las corporaciones y defunciones hoy asumidas por un Estado omnívo, son estos ideales, y todas las otras que van en la misma dirección de una democracia social avanzada, las que deberían constituir el banco de pruebas de las tendencias intelectuales existentes, las que deberían fundirse en un crisol de matrices que propongo". ("Reinventar América Latina", entrevista de 1986, reproducción en *Leviatán* 46, 1991, pág.104-105).



vistas un "nuevo modelo", pero se hace más clara la necesidad de ir más allá de los límites de la lógica del mercado si se quiere alcanzar una real dinamización de la producción. Se trata pues de explorar, sin limitaciones a priorísticas, las diversas trayectorias a lo largo de las cuales esa lógica podría ser desbordada por las dialécticas vividas e imaginadas por los actores.

El desafío de la democratización lleva a encarar la construcción colectiva, en diversos ámbitos, de lógicas alternativas, inevitablemente parciales y provisionales, pero aun así más sólidas desde el punto de vista de las mayoría de hoy y de mañana. Y ello, asimismo, pone sobre el tapete el desafío de la militancia, el de su valor y significado en esta época de aparente desaparición de la militancia.

La felicidad es una idea nueva en Europa, proclamaba Saint-Just en los años bautismales de la izquierda, que llegó a definirse por el proyecto generoso de militar por la conquista de la felicidad para todos. Pero la perspectiva de pelear hoy para garantizar la dicha de mañana se ha desvanecido, con sus ilusiones y también con las enormidades que encubrió. La militancia como forma de mortificación y

su socia la inquisición, abandonan un terreno que queda libre para revivir lo que la militancia también ha sido para tantos no pocas veces: una dimensión entre otras para cultivar la solidaridad y la creatividad colectiva. Se trata pues de explorar, sin limitaciones a priorísticas, las diversas trayectorias a lo largo de las cuales esa lógica podría ser desbordada por las dialécticas vividas e imaginadas por los actores.

La renovación socialista, pese a que "parece haberse extinguido su capacidad para generar novedad", podrá todavía "proyectar un sentido de historia, abrigar una idea de lo humano, crear una tensión ética y comprometer un proyecto para la nueva época que se inicia".²³ Tareas tales exigirán amar fragmentos varios, como los anotados y muchos otros, en nuevos mapas a dibujar desde nuestra situación específica. Tiempo es ya de volcar hacia ella nuestra atención.

América latina urgente

Frente a un mundo aplastado por el peso gravoso del pasado, América

²² José Joaquín Brunner, "Interrogantes sobre el fin de la renovación socialista" (*Leviatán* 48, 1992).

era la esperanza del mañana, el lugar de los sueños, la sede de la utopía por aquí todo estaba por hacerse.

Hoy es sinónimo de frustración, de pérdida de destino, de miseria y prepotencia, de violencia y exterminio, de desigualdades insoporables.²⁴

El escenario tendencial

El tema que nos ocupa debe ser analizado teniendo como telón de fondo las hipótesis más probables sobre la evolución de la región en los próximos años. No significa ello postular determinismo alguno ni ceder a la aparente fatalidad: como bien se ha dicho, la tendencia no es el destino y además el futuro no es destino sino tarea. Pero ésta, que debe hacer viables ciertos escenarios deseables, no puede ser pensada de espaldas a los procesos en curso.

Pues bien, lo que viene aconteciendo en nuestro continente sugiere que el "escenario tendencial" ha de caracterizarse por la segmentación, tanto social como regional, y por la marginación, tanto de América Latina como conjunto en relación con el mundo, cuando de gran parte de su población respecto a la modernización en curso. Crecen la diferenciación, entre los países y dentro de cada país, exacerbando una heterogeneidad que parece desafiar todo enfoque global, salvo quizás los que destacan evidencias poco promisorias. La desigualdad es tal que se deslubra el sentimiento de "comunidad" en el que deben sustentarse los procedimientos democráticos.²⁵

Quizás este último pueda ser comparado con el surgimiento, en la segunda mitad del siglo pasado, de un "nuevo orden latinoamericano", de tipo neocolonial.²⁶ En efecto, el objetivo de las "políticas de ajuste" ha sido describir como el de ordenar y abrir a las economías latinoamericanas, en un

proceso comparable al de comienzos de siglo, a los efectos de adecuarlos al funcionamiento de la economía mundial. Esta nueva "modernización", empero, se plantea cuando decrece, en términos globales, el papel de las materias primas en la economía contemporánea. Más en general, la pérdida comparativa de dinamismo económico parece dibujarse como tendencia mayor del panorama continental, en términos promediales y sin desmedro de la diversidad ya destacada. El crecimiento exportador de la década pasada se basó esencialmente en la denominada "competitividad espuria", vale decir, ante todo en el descenso de las remuneraciones de los trabajadores, pero también en la limitación de las inversiones y en la sobreexplotación de los recursos naturales. Esta opción no sólo es éticamente inaceptable: en las condiciones técnico-productivas contemporáneas constituye una apuesta perdedora para la competencia económica internacional de los próximos tiempos.

La marginación del continente crece sobre todo por su participación decreciente en la gran mutación técnico-productiva en curso, lo cual puede apreciarse por ejemplo por su comparativamente débil esfuerzo en materia de innovación científica y tecnológica, así como por su deficiente panorama educativo.²⁷

Es de temer pues que la nueva inserción internacional del continente sea aun más limitada y desigual que la de ayer. Todo apunta a la segmentación

La izquierda existe para que el futuro no sea una dimensión ausente en el presente, para que los proyectos colectivos y solidarios sean fuente de sentido, capaces de colaborar a la fuerza de sentimientos de identidad y pertenencia a una comunidad.

²⁴ "El nivel educacional promedio es apenas de 6 años de estudio y casi la mitad de la fuerza laboral tiene menor nivel de escolaridad que la media mundial. La matrícula se realizó con poca inversión y tuvo un impacto inequitativo, pues benefició en mayor medida a los hijos de los grupos de ingresos medianos y altos". Así, "desmontando la tendencia histórica de la última década, la región contaría todavía con un 1% de analfabetos en el año 2000, ya que 40% de los jóvenes no habrá logrado terminar las enseñanzas primarias; (...) el trabajador promedio (...) apenas podrá esperar recibir un mes de capacitación durante su vida laboral".

1992, pág. 84-85.

²⁵ Nos referimos al capítulo VI de la obra de Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 1969.

²⁶ José Aricó, *Reinventar América latina*, citado, pág. 104.

²⁷ Norbert Lechner, "El debate sobre Estado y mercado", en *Nueva Sociedad*, Nº 121,

²⁸ "El nivel educacional promedio es apenas de 6 años de estudio y casi la mitad de la fuerza laboral tiene menor nivel de escolaridad que la media mundial. La matrícula se realizó con poca inversión y tuvo un impacto inequitativo, pues benefició en mayor medida a los hijos de los grupos de ingresos medianos y altos". Así, "desmontando la tendencia histórica de la última década, la región contaría todavía con un 1% de analfabetos en el año 2000, ya que 40% de los jóvenes no habrá logrado terminar las enseñanzas primarias; (...) el trabajador promedio (...) apenas podrá esperar recibir un mes de capacitación durante su vida laboral".

²⁹ Bernardo Kikberg, "Rediscovering the Latin American Left. A few methodological reflections", Serie Avances de Investigación del CLAD, Caracas, 1991, pág. 4.

³⁰ CEPAL-UNESCO, citado, pág. 24.



como rasgo mayor del escenario más probable para el futuro de la región, en la cual la pobreza se ha convertido en la principal causa de muerte.²⁸

Por el contrario, la masificación de los medios de comunicación tiende a uniformar las aspiraciones, acercando el "imaginario colectivo" al prevaliente en los países desarrollados.²⁹ Hacia el Norte miran, con creciente atención, quienes viven en esta parte de la periferia. Sus puntos de referencia tienden a serles exógenos. Quizás en este plano sea donde el viejo tema de la dependencia pueda pretender mayor vigencia. En la antigua dialéctica de la unidad y la diversidad del continente, vuelve a ser cierto que las principales semejanzas no tienen carácter endógeno. Así, en el alma latinoamericana conviven conflictivamente la explotación de las expectativas y el desdibujamiento de las perspectivas.

América Latina ha sido siempre una "caja de sorpresas"; no es probable que deje de serlo cuando ésa se ha constituido en una adecuada caracterización del panorama político a escala internacional desde fines de los 80. En este marco se plantea la cuestión de saber si el proceso de apertura, tal como se lo viene diseñando y aplicando, resultará no sólo incompatible con niveles mínimos de equidad sino también con un cierto grado de normalidad democrática. Notemos que entre los propios impulsores del "consenso Washington" se está haciendo evidente la necesidad de complementarlo con un capítulo de "reforma social".

La inestabilidad generalizada en América Latina viene a sumarse al cansancio y al descreimiento que suceden a décadas de grandes proyectos y grandes frustraciones, de penas, luchas y esperanzas epilogadas en desencantos. Disminuye la valoración del accionar colectivo en sus diversas formas. El notorio des prestigio de gobiernos, par-

lamentos, partidos y sindicatos hace vídrosa la conversión de las desconfidencias acumuladas en grandes movimientos político-sociales dotados de organicidad, continuidad y capacidad de movilización.

Lo dicho no implica que las izquierdas no vayan a desempeñar roles relevantes. Pese a la decadencia mundial que las aqueja, la dificultosa sustentabilidad política de las apuestas neoliberales, incluso en sus formas "liberal-populistas", pueden abrirle grandes espacios. Nada menos que en Brasil, por ejemplo. En tales eventualidades deberán afrontar con escasos recursos agudas urgencias sociales. Muy difíciles les será conservar grandes adhesiones y realizar cambios trascendentales. En ambos sentidos, más previsiones que fracasos, quizás comparables al que conocieron la izquierda boliviana entre 1982 y 1985, el cual despejó el camino para un drástico "ajuste", acompañado tanto por la decadencia de las izquierdas y los sindicatos como por la emergencia de nuevos partidos

populistas, agrupados en torno a líderes provenientes de los ámbitos empresariales y comunicacionales. En cualquier caso, sería altamente probable que en tal contexto se pusiera de manifiesto la fragilidad de las instituciones republicanas.

La escasa probabilidad de que tomen cuerpo proyectos transformadores viables y creíbles se inscribe en lo que parece ser una creciente irrelevancia del accionar gubernamental en relación con las demandas sociales. Conjugada con la inequidad, es difícil que la misma no fomente la fragmentación de la sociedad, particularmente a través del auge de violencias de tipos diversos y combinados. La vida en el Perú de hoy constituye el ejemplo más dramático de ello, mientras que el caso ya clásico de Colombia ilustra hasta dónde puede llegar el desencuentro de la democracia, sin quebrar la institucionalidad propiamente dicha, que constituye una tendencia inocultable en esta parte del globo.

Las aglomeraciones urbanas en expansión constituyen los grandes escenarios de la segmentación social del continente y los focos mayores de su inestabilidad. Coexisten en la selva del interior de los servicios públicos, la miseria creciente de muchos, la insólita corrupción de no pocos y el despliegue de múltiples comodidades de la vida en el "Norte", bolsones de la cual están así instaladas casi provocativamente en pleno "Sur" inducidos a apretarse el cinturón. *"Las mayorías urbanas en el decenio de 1980 han mostrado mayor tolerancia que la que podría haberse esperado de ellas ante las políticas de austeridad..."* se afirma en un documento de la CEPAL. Los límites de tal tolerancia fueron dramáticamente marcados en las ciudades

venezolanas durante febrero de 1989. Antes y después, acontecimientos similares en otros países dieron cuenta de las enormes tensiones subyacentes, las cuales seguramente no son ajenas a las dimensiones alcanzadas por la violencia en el Perú. No sería de extrañar que sus mayores expresiones futuras tengan lugar en Brasil, teatro gigante de las plagas y también de las ilusiones latinoamericanas, que como treinta años atrás vuelve a ser la clave de la desestabilización del continente.

Cómo hacer para que la democratización -en tanto doble proceso de participación en aumento e inequidad en disminución- coadyuve al crecimiento cuantitativo y cualitativo de la producción y por ende a su propia profundización?

Es dinámica agitada de las grandes ciudades del continente se ha evidenciado también en algunos triunfos más o menos recientes de las izquierdas -a menudo poco previsibles y no siempre duraderos-, por ejemplo en San Pablo, Montevideo, Asunción, Caracas. ¡Acaso cuando los liderazgos surgidos de los grandes partidos populares se ven desbordados por los costos del ajuste, el populismo resarcido bajo la bandera de una izquierda que a su influjo revive tras el fracaso de los proyectos revolucionarios? En tal perspectiva, ¿cómo se vincularán las nuevas apuestas a la izquierda con una evolución en la cual la segmentación y la marginación impulsan el desdibujamiento del espacio de lo público y el desinterés por lo colectivo? ¿Se insertarán en ella sin mayores conflictos, colaboraría a trastocarla o no constituirán sino fugaces paréntesis que aumentaría la cuota de incertidumbre pero sin desbordar los márgenes del "escenario tendencial"?

Es evidente, en fin, que toda reflexión de carácter global sobre América latina no puede servirnos como una propuesta sino a lo sumo como una visión a tener en cuenta en el formular, de manera necesariamente muy diferen-

ciada, las diversas políticas nacionales o regionales. Su valor dependerá de los aportes que ofrezca a las múltiples maneras de trabajar para que el futuro real tenga un parecido escaso con el escenario tendencial y, más específicamente, a las luchas contra el elemento más preocupante de este último: el descreimiento.

Pistas en la diversidad

La panorámica continental no habla de retos comparables, de situaciones divergentes, de sinergias posibles.

Sí bien en grado muy diverso, a ninguno de nuestros países les es ajena la amenaza del desacercamiento de las identidades colectivas. En sus formas extremas, el fenómeno abre paso a explosiones de violencia, incluso homicida, como la asociada al accionar de Sendero. Cuando se desdibujan las referencias ciudadanas, la angustia de quien se siente abandonado y la desesperada búsqueda de relaciones de pertenencia constituyen fértil campo de cultivo para nacionalismos estrechos y furiosos, como los que hoy azotan el Este europeo.

Desafío de primer orden es el de vivificar las dimensiones más amplias y menos sectarias de las referencias colectivas, las que tienen que ver con la vida en un mismo ámbito, con el trabajo en común, con la riqueza cultural de la diversidad. Llama la atención el que tantos análisis sobre la identidad nacional de nuestros pueblos miren sólo hacia el pasado. Las referencias comunes son tradiciones y recuerdos, pero también expectativas y proyectos, vivencias enraizadas en el ayer proyectadas hacia el mañana. Las visiones del porvenir deseable, los futuros a construir en conjunto desde la pluralidad, son parte imprescindible de cualquier "nosotros" fecundo.

La elaboración de un "horizonte de sentido" se ve dificultada por el clima espiritual de nuestra época, en la cual precisamente, como bien se ha dicho, el sentido aparece como recurso escaso.³⁰ Pues bien, la izquierda existe

³⁰ "En este aceleramiento del tiempo ya

para que el futuro no sea una dimensión ausente en el presente, para que los proyectos colectivos y solidarios sean fuente de sentido, capaces de colaborar a la fuerza de sentimientos de identidad y pertenencia a una comunidad.

Pero la pobreza extrema, en la cual se debaten tantos de nuestros semejantes en este continente, hace en muchos casos irrisorio el hablar de comunidad nacional. Allí radica el desafío mayor, como vienen de reconocerlo hasta los grandes promotores de las "políticas de ajuste", a la vista de las consecuencias sociales y aun institucionales de las mismas. En esa lucha contra la miseria, que ahora todos ponen en el primer lugar del orden del día, ¿cuál habrá sido el aporte específico de las izquierdas?

Al conocido proverbio chino que sugiere no sólo darle un pescado al hambriento sino sobre todo enseñarle a pescar, hoy agrega los que urge colaborar para que muchos seres humanos se capaciten para mejorar, técnica y ambientalmente en forma permanente, las formas de pescar, y a que encaren en conjunto riesgos y oportunidades de la pesca. Sobran las dificultades en tala búsqueda de la solidaridad eficiente, pero no faltan en América latina los ejemplos estimulantes.

Se trata de describir respuestas en germen más bien que de inventarlas. A lo largo y a lo ancho del continente nacen o reviven actores colectivos definidos por el propósito de que los más postergados puedan protagonizar la superación de la pobreza extrema y por la vocación de apoyar su búsqueda, sin paternalismos ni clientelismos.³¹ La movilización de la sociedad es la clave

nada se afirma; inclusa la identidad sucumbe al vértigo (...) la cultura posmoderna (aparece) como expresión de una crisis de identidad. En realidad, ¿cómo afirmar una identidad en un presente recurrente?" (Norbert Lechner, *Los patios internos de la democracia. Subjetividad y política*, FCE, Chile, 1990, pág.112 y 115).

³¹En este tema nos referimos a: Bernardo Klikberg (comp.), *Cómo enfrentar la pobreza?*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1992.



de bóveda de las construcciones más prometedoras.

Y todas ellas se vinculan, de una manera o de otra, con la transformación de la educación. La primera clave de la eficiencia económica -en el más amplio sentido de la expresión- radica crecientemente en la difusión de la capacidad para realizar un trabajo creativo, en equipo y estrechamente vinculado con la educación permanente. Si el acceso diferencial a la enseñanza será factor cada vez más gravitante en la diferenciación social, e incluso en el desacercamiento de los derechos civicos, la prioridad para la reactivación económica a largo plazo pasará por enfrentar tanto la división entre trabajo manual e intelectual como los obstáculos que apartan a las mayorías de una formación para la innovación, extendida a lo largo de toda la vida. Nuevas posibilidades se abren así para la lucha contra la desigualdad, pues ésta tiene objetivamente a encontrarse con la búsqueda de estrategias para un nuevo desarrollo. En el horizonte parece dibujarse una gran transformación educativa, orientada a construir vías de acceso para las mayorías a una enseñanza permanente de alto nivel. Ello exigirá desbordar los marcos de las aulas tradicionales y enseñar en todo ámbito donde tareas socialmente necesarias sean bien afrontadas. Segura-

mente no hay desafío más significativo que éste para una izquierda realmente dispuesta a sumergirse en las dinámicas profundas de la sociedad.³²

Sin un salto cualitativo en la capacidad de la sociedad para ofrecer formación a sus miembros, en especial a los jóvenes, es inimaginable paliar siquiera la desocupación estructural, ya instalada incluso en países altamente desarrollados. En la periferia, ella es causa principalísima de marginación, por ende también de violencia y de empeoramiento de la calidad de vida de todos. En el pasado, el temor a "las clases peligrosas", y más tarde a "la amenaza comunista", pavimentó el camino de las reformas sociales y de la edificación de estado de bienestar. La inquietud contemporánea por las consecuencias del desempleo -de las que Europa ofrece ya no pocas muestras- abre ciertos espacios para nuevas reformas y hasta para cuestionar la lógica mercantil, pues ese fenómeno que degrada a la sociedad parece muy difícil

³²En este sentido, la vigencia de las inspiraciones propias de la izquierda se afirman de cara a "los desafíos de todos", pues sugiere pistas para encarar la transformación de la educación requerida por la dinámica de la sociedad contemporánea, según sus más reputados analistas. Véase, por ejemplo el libro de Peter F. Drucker (*Las nuevas realidades*, Edhasa, Barcelona, 1989) y en particular la parte cuarta, "La sociedad del conocimiento".

de contrarrestar sin una redistribución más solidaria de los derechos a la educación, al trabajo y a sus frutos.

El progreso técnico hace que la producción requiera de una proporción rápidamente decreciente de la población total. Dadas las pautas de distribución hoy vigentes, ello genera pautas de consumo globalmente insostenibles. Así, la racionalidad instrumental predominante se ve desbordada. En los movimientos ambientalistas aflora su cuestionamiento.³³

Indudable es pues la trascendencia de tales movimientos, actores colectivos de creciente significación y especial atractivo para la juventud, particularmente en América Latina. Más aun, se sostiene que los mismos desempeñan, en Brasil al menos, un cierto rol articulador de esfuerzos societales diversos, en la medida en que gravitan en las demandas y las acciones de otros movimientos muy variados, lo cual permite hablar de "socio-ambientalismo", el que se vincula estrechamente con grupos científicos y técnicos e incluso empresariales.³⁴

Ahora bien, ¿queden estos actores sociales desempeñar un rol transformador, o socialismo y ambientalismos

no pueden ser sino movimientos conservadores? Para dilucidar si ello es así resulta significativa la orientación en los últimos años del ambientalismo continental hacia la temática del desarrollo sustentable.

En última instancia será su capacidad para impulsar nuevas alternativas para el desarrollo latinoamericano, la que dará la medida de la revitalización, desde las dinámicas societales, de nuestra izquierda como haz de proyectos de transformación social.

Encuentren en el desarrollo

En la América latina cada vez más desintegradamente emerge de la "década perdida", la profundización de la democracia, y su vigencia misma, se vinculan con una cuestión clave, destacada ya al comienzo de los procesos de redemocratización continental: nuevos estilos de desarrollo, en las antípodas de los predominantes hasta ahora, constituyen pre-

quisitos para la construcción de un orden democrático más auténtico.³⁵

Però el desarrollo ya, desde hace

bastante tiempo, temía difícil de encarar, particularmente en nuestra región y más aun si se aspira a hacerlo con perspectiva continental. Una serie de documentos recientes de la CEPAL³⁶ aspiran a conformar una "nueva propuesta para el desarrollo", capaz de combinar la transformación productiva y el crecimiento con la equidad y la democracia. De manera más bien implícita, la estrategia sugerida apunta a

³³ Fernando Henrique Cardoso, "Desafíos de la socialdemocracia en América Latina", en *Leviatán* 48, 1992, pág. 67.

³⁴ "El camino que he comprendido: América Latina ya no admite restornos al modelo del Estado nacional antiimperialista, pero la izquierda no ha dominado todavía ser capaz de imaginar una alternativa progresista las orientaciones neoliberales que se imponen en la región", (J. Aricó, "1917 y América Latina", *Leviatán* 46, 1991, pág. 329).

³⁵ Véase CEPAL, "Equidad y transformación productiva: un enfoque integral" (Santiago, Chile, 1992) y referencias allí citadas a otros trabajos de la serie.

"otra manera" de llevar a cabo la apertura económica, diferenciada de la que, inspirada por el neoliberalismo, ha predominado en el continente. Ofrece así un marco propio para vivificar el debate sobre el desarrollo, que puede ofrecer un punto de encuentro en la diversidad.

Cabe subrayar que no se trata de buscar "el modelo alternativo", no sólo porque la caledoscópica realidad latinoamericana lo hace imposible sino porque búsquedas semejantes se basan, explícita o implícitamente, en la presunción de que por debajo de la visible complejidad de la realidad estudiada existe una causalidad apresable en formulaciones simples y cerradas, lo cual a su vez permite conjecturar que siempre existe "la" herramienta adecuada para la transformación social. Esta visión instrumental y "monista" no es sostenible en el presente, lo cual tiene mucha importancia para América Latina, significada por el papel protagónico atribuido al Estado en el desarrollo.³⁷ Tal apuesta caracteriza a las que a esta altura cabe designar como concepciones clásicas para el desarrollo del Tercer Mundo. Y su caso ha sido también el de tales concepciones e incluso el de la propia teoría del desarrollo.³⁸ Su reverdecer requerirá superar, en clave pluralista, tanto la pretensión de construir "el" modelo simple de transformación social como la identificación de esta última con el accionar estatal.

Para tal perspectiva son relevantes varias cuestiones encendidas por las nuevas propuestas cepalinas. Ellas sostienen que la reincorporación internacional de la región, tal como se ha venido desplegando durante los años 80, se basa en la "competitividad espuria" que surge de

los bajos salarios, incrementa la inequidad y tiende a agotarse. Como alternativa para una nueva ubicación de la región en el escenario mundial se propone la denominada "Transformación Productiva con Equidad", en la que equidad es visto como marco para la construcción de una "competitividad auténtica", sustentada en la incorporación de progreso técnico.

Se sostiene que "la solidez de la posición en el mercado internacional está determinada en general por el nivel de calificación de la población y por su capacidad para participar en el proceso permanente de innovación tecnológica". La primera parte de la afirmación es indiscutible pero la segunda, si bien fundamental, es parcial: la innovación que se requiere no es sólo tecnológica sino también social e institucional.³⁹

Eskematizando un tanto, podría decirse que los nuevos planteos cepalinos se presentan como una "industrialización hacia afuera", con apertura gradual y controlada, para poder construir una auténtica competitividad. Ahora bien, la identificación entre el afianzamiento de "ventajas competitivas", el avance técnico-productivo y la "industrialización hacia afuera" no es evidente. Por ejemplo, pueden llegar a constituirse "enclaves" exportadores, dotados incluso de una gran sofisticación productiva pero de una escasa capacidad para difundirlos a su alrededor. Justamente, por su carácter sistémico, el desarrollo es poco viable sin estrategias que eleven el nivel técnico de un conjunto muy amplio de actividades, estrategias que por ende no pueden ser sino específicas, y que deben incluir trayectorias para la generación e incorporación de progreso técnico que se adapten a las características propias de cada sociedad.

³⁹ "Hemos entrado otra vez en una era de innovación y no sólo en la alta tecnología" o en la tecnología en su conjunto. De hecho, la innovación social... ¡puede ser de más grande importancia tener un impacto mucho mayor que cualquier invento científico o técnico!". (Peter F. Drucker, op.cit., pág. 329).



Los problemas del desarrollo desembocan en las dificultades de la democratisación. Los documentos cepalinos afirman que es preciso elevar la capacidad técnica del quehacer socio-político y la representatividad de partidos y gremios en materia de demandas sociales; de lo contrario, "podrían generarse dificultades adicionales para consolidar formas modernas y estables de convivencia democrática. Esto, a su vez, podría conducir al retorno de un ciclo de políticas de carácter confrontacional, o neautoritario, o al populismo y al estancamiento". Las considerables desigualdades sociopolíticas de una "transformación productiva con equidad" incluyen las limitaciones crecientes de partidos y sindicatos en su papel mediador, la organiza-

ción mayor de los grupos de presión más poderosos y las limitaciones (de objetivos y de representación) de los procesos de concertación, que excluyen a los diversos sectores marginados.

Las apuestas indudablemente válidas a la descentralización y al desarrollo local no bastan cuando las demandas tienden a multiplicarse y a parecerse; pueden incluso acelerar ese proceso y también agravar las desigualdades, en particular regionales. Constituyen pases opciones probablemente muy necesarias, en este continente plagado de verticalismo y de centralismos, pero seguramente insuficientes para compensar la pérdida de eficacia de la política. Esta se vincula directamente al agotamiento de anteriores estrategias

para el desarrollo -incluso las que la CEPAL preconizaba otrora- por lo que exige una consideración muy pausada.

¿Cómo hacer para que la democratización —en tanto doble proceso de participación en aumento e inequidad en disminución— coadyuve al crecimiento cuantitativo y cualitativo de la producción y por ende a su propia profundización? La compatibilidad entre desarrollo y democracia ya no puede ser garantizada esencialmente por el acierto conjugado del

como clave de formas alternativas de modernización. Y ese camino lleva del tema casi olvidado del desarrollo a la cuestión casi abandonada de la dependencia.

La reincisión internacional como divisoria de aguas

La inserción de América latina en la nueva configuración

La reinserción internacional como divisoria de aguas

La inserción de América latina en la nueva configuración de la economía mundial, marca la encrucijada del continente. Constituye pues un problema insoslayable para las izquierdas. Para el futuro de éstas representa además una verdadera divisoria de aguas, entre la reafirmación, la rectificación y la renovación.

Cuando el ingreso al empleo se torna en prerequisito para acceder a los bienes generados ayer y hoy por los seres humanos, ¿cuál es el cálculo realista de costos que no tiene en cuenta a los que quedan afuera, a los que ellos podrán haber hecho y a lo que efectivamente harán?

tradicionales del "desarrollo hacia adentro" y de la resistencia de la periferia a la explotación neocolonial de sus recursos básicos. Pero semejante actitud se sustenta en la contemplación del pasado más bien que del presente, en el cual la marginalización es la máxima amenaza para el Sur.⁴⁰ Tales visiones

⁴⁰ «Esa disputa la resolvió el Norte a más tardar en los años 80 al trasladar cada vez más las fuentes de suriqueza de afuera hacia adentro: del comercio desigual con el Sur hacia la dinamización del potencial innovador intrínseco y el desarrollo de la productividad de su propia fuerza de trabajo.

No es la explotación activa sino la tácita marginación de la política y la economía mundiales lo que hoy representa la fuente principal de desigualdades entre el mundo de los países industrializados y el de los países en vías de desarrollo”

Lacita es de Leopoldo Márromora, "Del Sur explotado al Sur marginado. Justicia económica y Justicia ecológica a escala global", en *Nueva*

ignoran las causas centrales de la decadencia de tantos regímenes tercermundistas, inspiran políticas que ya fracasaron en los 70, y no ofrecen alternativas ante los desafíos de la mutación tecnico-productiva. Abroquelarse en la reafirmación de las viejas propuestas pavimenta el camino de la marginación.

Pero, por supuesto, la rectificación isla y llana está lejos de ser una solución. Al decirlo no pretendemos manejarnos en la zona abrigada de la crítica al neoliberalismo. Este ha cosechado y anotoriado fracosas en las metrópolis de las que surgió la revolución neoconservadora; en Europa oriental que un espejismo que aceleró la crisis y en nuestros países, aplicado con el optimismo habitual de las recetas para subdesarrollados, generó daños que no requieren comentarios. Pero la magnitud real del desafío surge de que la apertura al mundo —un impulsada por criterios modernos, inspiración progresista y sensibilidad social— lo que ante todo pone en peligro inmensos problemas.⁴¹

Para intentar hacer algo más que modernizar las formas de la subordinación a los países más avanzados, es necesario afrontar no sólo la persistencia del bienestar de la dependencia—tema más bien olvidado en los textos neoplatónicos—sino también su transformación. Y en ésta, que por cierto no ha culminado, facetas tradicionales como la militar o la financiera, las dimensiones ambientales y tecnológicas han cobrado peso notorio. Asimismo a "las estalladas por la redistribución de los riesgos civilizatorios".⁴² Paralelamente,

Sociedad N°122, 1992, pág.60 y 66. Allí se muestra (pág.64-65) que: "El Sur ha perdido importancia en las últimas décadas como objeto de interés económico del Norte. Esas pérdidas barcaron todos sus roles clásicos como a) fuente e materia prima, b) mercado importador y c) zona plazas adecuada para la inversión de capitales".

⁴¹ Al respecto es muy elocuente el artículo de Osvaldo Sunkel, "La consolidación de la democracia y el desarrollo en Chile", en la

⁴² Mármora, citado, pág. 60.

es cada vez más notoria la estrecha correlación entre la distribución de la riqueza de las naciones y la capacidad científico-tecnológica de cada una de ellas. Se configuran en este ámbito plazos de dependencia que inciden en otros, como los ya mencionados, y cuyo peso tiende a incrementarse en paralelo con la gravitación de la técnica en la economía y en la vida social. Por ello no se puede olvidar que el desarrollo de la investigación propia y de alto nivel es requisito incluyente para afrontar con perspectivas de éxito las diversas facetas incluidas en un proceso de incorporación de tecnología adecuada a las propias necesidades.⁴³

Una sociedad que, en plena época de mutación tecnológica, se sienta incapaz de participar en ella creativamente, derivaría por trayectorias ingratas. Tal vez opte por el rezagado y escrutinario a los cambios. O puede sumirse en el descréimiento generalizado acerca de sus posibilidades, en la desvalorización de sus especies históricas y culturales, en la duda acerca de su identidad en tanto proceso desplegado hacia el pasado y hacia el futuro. En la incorporación de progreso técnico y en sus relaciones con la innovación como proceso pluridimensional, encontramos uno de los terrenos en los que se juega la autonomía cultural y la identidad de una nación o de una región.

En América latina la diáspora generada por las dictaduras ha estrechado vínculos varios, particularmente entre las comunidades de investigadores. Como lo sugieren numerosos ejemplos de fructífera colaboración en marcha, ello constituye un punto de apoyo para el desarrollo de políticas tecnológicas a escala regional, las que pueden tener un alcance y un impacto produc-

⁴³ En este tema, el pensamiento progresista latinoamericano ha realizado contribuciones sustantivas. Una obra de referencia al respecto es la de Jorge Sábató -pionero en el tema- y Michael Mackenzie, *La producción de tecnología. Autónoma o transnacional*, Ed. Nueva Imagen, México, 1982.



restringe al de un solo país, aun de los de mayor tamaño.

Todos los ejemplos recientes de dinamización productiva enseñan que tendrán escasas probabilidades de éxito estrategias que no incluyan importantes cuotas de originalidad y de especificidad. Lo dicho es particularmente válido en países como los nuestros, que deben afrontar los rápidos incrementos recientes de las "deudas internas" respecto de sus mayorías carentes en un período en el cual las mutaciones tecnico-productivas tienden a profundizar el foso que los separa de las naciones más avanzadas, al tiempo que se agravan los problemas ecológicos.

La nueva dinámica industrializadora debe tener una fundamental dimensión "hacia afuera"; la dinamización exportadora es imprescindible para no seguir avanzando por el camino que lleva a tantas regiones del Tercer Mundo de la dependencia a la marginación. Pero la innovación tiene que ser bastante más global. Pues en caso contrario la reinserción externa

tendrá carácter altamente dependiente e irá de la mano con el agravamiento de la marginación interna.

Innovación y confluencia de actores, dentro y fuera del I

Construir estrategias para un crecimiento de nuevo tipo exige repensar las relaciones entre la política y la innovación, en sus diversos ámbitos. En algunas de las fuerzas de izquierda más gravitantes de la región se plantea hoy una paralizante disyuntiva entre reafirmar el viejo programa propio y rectificarlo para posibilitar alianzas, cuando el verdadero reto pasa por encontrar nuevas formas para construir nuevos programas.

Para ello son insoslayables algunos referentes. Toda economía moderna dotada de algún dinamismo susitable es, y no podrá sino ser, una economía mixta. La preservación de ciertos equilibrios macroeconómicos es necesaria, en particular para que las agitaciones de la coyuntura no dominen todo el escenario. Data ya de tiempo atrás la revalorización del mercado

desde perspectivas progresistas. Pero no se puede olvidar una lección de toda la historia del desarrollo desde la Revolución Industrial: ninguna trayectoria iniciada desde el atraso, incluso relativamente pequeño, tuvo éxito si hizo del mercado el criterio esencial de asignación de recursos a largo plazo. Este es el *quid* de la cuestión; su centralidad no ha sido sino realizada por la creciente importancia de la capacitación, la investigación y la preservación ambiental.

Las designaciones y carencias de la sociedad, las diversas "externidades" de la economía, los factores del desarrollo a largo plazo, no exigen menor sino mayor atención del sector público en cualquier parte del planeta. De ahí la urgencia de revisar competencias y desempeños de aparatos estatales que, en nuestro continente, más que articulaciones de cuadros sueltos suelen ser aglo-meraciones de partes, futuros.

Los partidos de izquierda se han visto grandemente condicionados por el "todo política", que no poco ha contribuido a la decadencia de la izquierda y de la política. No debieran soscavar la reconsideración de su propio papel de cara al futuro.

muchas de las cuales esconden bajo la bandera nacional su colonización por intereses particulares. Pero las reformas estatales dictadas desde los vértices -inevitablemente lentas, esquemáticas y formalistas- han dado frutos pobres. Estos sirven de pretexto a las actuales políticas de desmantelamiento del sector público, que son simplemente suicidas desde el punto de vista de los intereses nacionales. Luego, la reforma del Estado es una de las principales asignaturas pendientes del continente. ¿Qué se puede aportar desde la izquierda a ella?

El punto de partida no puede sino ser la revalorización del rol del funcionario público, a sus propios ojos y ante la comunidad. Ello ha de ser causa y consecuencia, a la vez, de un proceso que cambie la ubicación actual del ciudadano ante el aparato estatal, al que siente lejano, insensible y arbitrario y

frente al cual se encuentra hoy escasamente protegido. Sólo así podrá hacer del sector público un gran promotor del accionar de la sociedad civil.⁴⁴ Por otro lado, dado que la mayor eficiencia estatal interesa primordialmente a la población en su conjunto, sus demandas y su involucramiento son elementos centrales de la reforma. Esta deberá pues sustentarse en el interés material y moral de ciertos colectivos de funcionarios, y en su capacidad para traducir ágilmente demandas cívicas en propuestas específicas de cambios, que convengan al colectivo que la impulsó y resulten en una mayor eficiencia global. Urge articular, estimular y difundir las embrionarias experiencias innovadoras, que se producen frecuentemente por iniciativa de grupos de funcionarios, a menudo como respuesta a reclamos de sectores ciudadanos.

Ahora bien, la renovación deberá desbordar los marcos estatales, profundizando la bienvenida revalorización de las libertades públicas, el pluralismo y la democracia, pero también superando la disyuntiva entre la reaffirmación de las posturas hiperestatistas tradicionales y la rectificación que acepta una limitación grande de lo realizable en el ámbito estatal pero no deja de concebir a éste como el espacio privilegiado para el accionar de las izquierdas.

La segunda alternativa se presenta a menudo como una opción por la

socialdemocracia. Pero ésta -en las formas que adoptó al hacerse keynesiana y desarrolló en la Europa de la II posguerra- poco tiene para ofrecer en un continente donde son escasas las posibilidades de elevar sustancialmente los niveles de vida a partir de la redistribución desde el Estado.⁴⁵

A esta altura, en la propia Europa el panorama de la socialdemocracia se oscurece rápidamente. Su creciente limitación a lo gubernamental-partidario y su paralelo descrecimiento de las transformaciones sociales desde la radicalización de la democracia, tiende a convertir a varias de sus organizaciones en "partidos de ocupación del poder", las hace inmودeficientes al ala de la corrupción y las convierte en parte saliente de esa partidocracia cuyo rechazo por tanta gente deja grandes espacios a los demagogos de la "antipolítica".

En este tiempo, y particularmente en esta región, los desafíos son tales que el realismo impone apuestas vastas y diversificadas. Ello pasa por una renovación profunda del "sentido común" generalmente aceptado. Así, por ejemplo, la dinamización de la empresa -cuálquiera sea su régimen de propiedad- requiere una presencia creciente, en las decisiones y en las innovaciones, del actor constituido por el colectivo de los trabajadores. No hay aquí mayor margen para visiones idílicas: la concertación es tan necesaria como inevitable es el enfrentamiento. Este sigue siendo necesario para que la riqueza generada no signifique la postergación e incluso la miseria de muchos de los que la producen o hasta su muerte por sobreexploto -en la Inglaterra victoriana o el Japón contemporáneo-. Paralelamente, la modernización de la gestión -que incluye la redistribución del poder- sólo podrá ser impulsada por trabajadores con capacidad de iniciativa, la cual requiere disposición de lucha. Para que la empresa sea efectivamente terreno de colaboración no

⁴⁴ "Ello requiere una administración pública fundada en modelos de interrelación abiertos, basados en la participación de los funcionarios, y reproducidores de los principios básicos de la democracia. Dichos modelos son (...) los que se acuerdan las conclusiones modernas de la investigación operacional, tienen mayores chances de productividad" (Bernard Kliksberg, *Cómo transformar al Estado? Más allá de mitos y dogmas*, México, IFC, 1989, pág. 34).

⁴⁵ Ello se ha confirmado por el panorama que presenta Jorge Castañeda en "América Latina y la socialdemocracia" (*Leviatán* 48, 1992).

puede dejar de ser arena de conflictos.

Por otra parte, el rendimiento real de la empresa depende fundamentalmente de la cultura de su medio ambiente, y de sus intercambios con éste, de los saberes y apoyos varios que obtiene y del balance de su producción, la cual incluye bienes, servicios y desgastes diversos, ocupación para algunos y desocupación para otros. Ella constituye pues un marco demasiado reducido para la evaluación social de pérdidas y ganancias. Por ejemplo, cuando el ingreso al empleo se torna un requisito para acceder a los bienes generados ayer y hoy por los seres humanos, ¿cuál es el cálculo realista de costos que tiene en cuenta a los que quedan afuera, a lo que ellos podrán haber hecho y a lo que efectivamente harán? El marco mínimo para analizar el potencial para generar la riqueza de las naciones es el "sistema nacional de innovación". El potencial renovador de las izquierdas se mide primordialmente por su capacidad de impulsar la conformación y articulación de actores dinámicos en el contexto de tal "sistema".

Un enfoque que no reivindica un modelo ni privilegia un ámbito parcial del accionar colectivo, sino más bien la síntesis de experiencias eficientes de innovación solidaria, no puede ejemplificar balanceadamente a escala de un continente y de la diversidad de la sociedad latinoamericana en no más de sesenta páginas. Pero las pistas que sugieren rumbos no son pocas. Evocaremos telegráficamente algunas.

El surgimiento de diversos actores "socioambientales" apunta a formas de producción "naturales", cuya demanda crecerá, y a la generación de tecnologías vinculadas. Se liga -particularmente en México⁴⁶ con movimientos indigenistas y con la búsqueda de alternativas ante la crisis. Estas han surgido en diversos lugares; se trasuntan por

⁴⁶ Víctor Toledo, "Utopía y Naturaleza. El nuevo movimiento ecológico de los campesinos indígenas de Américalatina", *Nueva Sociedad* Nº 122, 1992.



ejemplo en el auge de la construcción de viviendas cooperativas a partir de la ayuda mutua y en la generación de empresas de nuevo tipo. A veces han constituido respuestas colectivas muy dinámicas a catástrofes naturales, como la Cooperativa "4 Pinos", de Guatemala.⁴⁷ Incluyen experiencias de organización de la convivencia tan notables como la de Villa El Salvador en Perú.⁴⁸

Ciertas experiencias de innovación han llegado a generar grandes confluencias de actores sociales, como la que indujo la política de la "reserva de mercado" para la informática brasileña,⁴⁹ cuando

⁴⁷ CEPAL, "Transformación productiva con equidad", (1990) incluye una breve mención (pág. 137) a esta muy relevante experiencia.

⁴⁸ Véase los trabajos de Carlos Franco y Gastón Antonio Zapatero en Bernardo Kliksberg (comp.), *Cómo enfrentar la pobreza?*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1992.

⁴⁹ Véase el trabajo de María Inés Bastos,

la gente ganó la calle para defender una opción nacional de desarrollo tecnológico.

Las transformaciones técnico-productivas en curso a escala mundial apuntan al desdibujamiento de varios actores sociales, pero contienen en germe la emergencia de ciertos nuevos actores y la reconversión de algunos de los surgidos en ciclos precedentes. Por ejemplo, en el mundo de la investigación se insinúan dinámicas colectivas, vinculadas a la gran tradición de la "responsabilidad social de los científicos", que se orientan a la democratización del progreso técnico. Ellas se hacen visibles, en distintos puntos de la región, a través de una colaboración con los sindicatos que puede ayudarlos a reubicarse ante los desafíos del desarrollo. Procesos diversos de ese tipo sugieren que quizás estemos asistiendo a la conformación de una nueva

intelligentsia, definida por la intención de construir a diversos niveles variadas alternativas a las que son propias del orden vigente. Reverdecería así una de las grandes tradiciones latinoamericanas.⁵⁰

Grandes actores nuevos son los movimientos por los derechos humanos. A escala mundial, cuando resurge el chavunismo, son impulsos mayores de un nuevo internacionalismo. Su modernidad organizativa es muy sugerente en varios sentidos, que incluyen la flexibilidad de sus formas de acción y el carácter "biodegradable" de algunas de ellas, las que ofrecen marcos para una participación que no quiere eternizarse ni terminar al servicio de pequeños apátridas. En el Uruguay, por ejemplo, una gran confluencia de ese tipo, que se disolvió tras el referéndum que promovió, constituyó el precedente originario de un exitoso movimiento de oposición a una ley de privatizaciones con impronta neoliberal, la que fue derogada por el voto popular en diciembre de 1992.

State policies and private interests. The struggle over information technology in Brazil, capítulo 9, "El tecnópolis para el desarrollo", H.Schmitz & J.Cassiolato (eds.), Routledge, Londres, 1992.

⁵⁰ "Los años 20 se caracterizaron por una movilización inédita de los sectores medios en contra de las formas políticas de la dominación oligárquica, pero también por sorprendentes y generalizados movimientos de reforma intelectual y política que sacudieron la América Latina, que se expandió por todo el continente. En el interior de este vasto experimento de la americanización las capas letradas progresistas de nuestras sociedades reprodujeron infinidad de lo que ocurría en Rusia desde mediados del siglo pasado. La formación de una suerte de *intelligentsia* que define más bien en términos de sucesión social crítica frente al orden vigente que por su extracción de clase o por categorías puramente profesionales". (J.Arioi, "1917 y América Latina", citado, pág. 134).

La "década perdida" en América latina fue también de la eclosión del gran potencial democratizador de la sociedad civil. Esta mostró su capacidad para la defensa de los derechos humanos, sociales, ambientales. Y adquirió competencias nuevas en la organización de la convivencia, la atención a las necesidades básicas, el desarrollo de la producción. Allí están los gérmenes de la innovación solidaria que podrían permitirnos hablar mañana de una década ganada.

La reconversión de la política

Viviremos nuevas etapas y modalidades de activación popular en la batalla social por otra modernización, más auténtica y más equitativa? La escena permite visualizar ciertos gérmenes de hipotéticos escenarios alternativos y asimismo el peso aplastante del escenario tendencial.

das.⁵¹

¿Puede la política democrática ser otra cosa que la yuxtaposición, siempre insatisfactoria y frecuentemente explosiva, de perorantes reclamos sectoriales a menudo impostergables, cuya sumatoria lunde los cimientos de las apuestas a largo plazo? Si la respuesta tiende a ser negativa, asistiremos probablemente a nuevas variantes del ciclo del populismo con estancamiento, salpicadas incluso por creciente violencia. ¿Qué hace pues la diferencia entre la proliferación de reclamos sectoriales, la fragmentación corporativa y sus derivas populistas, por un lado, y por otro la dinámica de los actores

⁵¹ Un reciente cable de ANSA describía la orfandad de las multitudes que en San Pablo procuran acceder a los despedidos de alguna de las 63 hanburgueserías McDonald's, de las cuales depende su alimentación...

sociales cuya confluencia puede protagonizar una "transformación productiva con equidad"? A este respecto, el papel de los partidos políticos parece difícilmente sustituible.

Pero es imposible ignorar el auge de las lógicas *catch all* en los mundos partidarios o sus perniciosas consecuencias a la hora de intentar gobernar con un mínimo de coherencia. Exagerando sapos quizás, podría decirse que la heterogeneidad de intereses "especiales", pero también "temporales", dada la velocidad con que puede variar la situación de mucha gente- ha llegado a un punto en el cual un partido político no puede permitirse levantar una plataforma mínimamente coherente y factible, a riesgo de condensarse a la marginalidad. Pero los partidos *catch all* pueden ser máquinas para ganar elecciones, no instrumentos para gobernar.

En cierto sentido, asistimos a una dinámica perversa que se refuerza a sí misma: partidos cada vez más parecidos tienen que distinguirse ante una opinión pública que les presta una atención decreciente, por lo cual deben esquematizar sus planteos, magnificar sus promesas y exagerar sus diferencias, todo lo cual profundiza el foso entre lo que se dice y lo que se puede hacer, dificultando a su vez el distinguir entre los partidos y facilitando el descreer de todos ellos. Objetivamente, más allá de buenas intenciones, actúa una tendencia al aumento de la demagogia, que se retroalimenta con la eficiencia decreciente de la política.

La política es lucro por parcelas de poder, puestos públicos e influencia en las decisiones gubernamentales. En condiciones democráticas constituye una competencia relativamente reglamentada por la selección de los elencos gubernamentales -vale decir, la elección por todos de quienes han de decidir en nombre de todos-, competencia que tiene lugar en un terreno en el cual resultan fundamentales el manejo de los medios y la disponibilidad de recursos.

La dinámica de las sociedades contemporáneas no autoriza mayores opini-

mismos en torno al mejoramiento cualitativo, en el sentido de una democratización mayor, de semejante sistema cuyos defectos son notorios y cuyas virtudes se hicieron tan evidentes cuando su funcionamiento fue interrumpido.

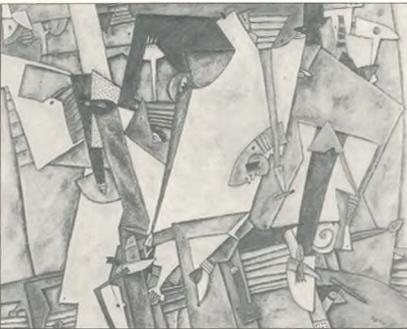
América latina se recupera a duras penas de los fracasos revolucionarios y de los horrores represivos. Vive precariamente el módico encanto de una democratización escasa. No se trata de sugerir siquiera la abolición de aquella "política real" ni el remplazo de la "democracia formal", que es el régimen político donde menor resulta la vulneración de libertades y derechos. La cuestión es otra.

Se trata de saber si, además de sus dimensiones reconocidas, la política puede tener otras, cuyo despliegue tiene lugar a partir de su propio devenir conflictivo: "la lucha política es *essentielemente* también una lucha por definir lo que es la política".⁵²

Resulta pues fundamental determinar si los partidos políticos no pueden sino ser esencialmente "correas de transmisión" -de intereses constituidos, reclamos sectoriales y presiones corporativas o sí, por el contrario, son o serán en ciertos casos capaces de constituirse en grandes factores de síntesis. Esto último supondría el desempeño de un rol genuinamente articulador, susceptible de contribuir a la fuerza de grandes voluntades colectivas a partir de elementos históricos y societales distintos, que no dejan de ser diversos aunque lleguen a integrarse -conflicta, precaria pero durablemente- en un proyecto, o haz de proyectos, de envergadura y largo alcance.

Ahora bien, si como creemos se vive, en la evolución histórica de las izquierdas, el fin de una larga etapa caracterizada aun en su abigarrada diversidad por la centralidad atribuida al Estado en tanto herramienta del cambio social, no es de extrañar que las organizaciones en las cuales se encaran-

⁵² Eso son los partidos según Tomás Moulian (en *La modernización de la política*, citado).



lación, sin minimizarlas ni pretender hegemonizarlas. Puede convenir pensarlas como "catalizadoras", factores que ni dirigen una reacción en la que tiene lugar una innovación ni sustituyen a sus elementos constitutivos, pero favorecen su interacción y pueden acelerarla. No podrán sino tener rasgos muy variados. Surgirán en la renovación de los partidos, desde partidos de nuevo tipo o al influjo de un nuevo tipo de organizaciones? Brotarán eventualmente dentro o fuera de los moldes existentes, pero no debieran apuntar a susituirlos.

Quízás se constituyan agrupamientos a mitad de camino entre "partidos" y "ONGs". Estas últimas pueden ofrecer también desde este ángulo riñas y quísticas sugerencias. La crisis de las propuestas socialistas, y de los partidos que las han encarnado, ha avanzado junto con la del internacionalismo, que constituyeron una de las más valiosas aspiraciones de ciertas izquierdas. Pero un nuevo internacionalismo ha surgido en movimientos diversos, particularmente los vinculados a la defensa de los derechos humanos. Actuando en ellos, no pocas militantes de izquierda se emanciparon de su dependencia a tal o cual estructura partidaria y/o estatal.

Así deviene posible lo que es im-

prescindible: ensayar, junto a los tipos organizativos conocidos, formas de "izquierda no gubernamental" -ni "anti" ni "pre"- . Tal vez tales agrupamientos tengan frecuentemente un carácter "biodegradable", apuntando desde su fundación a cumplir un ciclo relativamente extenso pero descartando explícitamente la pretensión de permanencia. En tal caso, las definirían ciertas tareas vinculadas no a objetivos inmediatos o reivindicativos, ni a metas de las denominadas finalistas, sino a proyectos de alcance intermedio. De este tipo de proyectos es que precisa la revitalización de la política.

A este respecto, la experiencia reciente puede resultar muy sugerente. En efecto, en plena "década perdida", con su inmensa cuota de frustraciones, un gran "proyecto" revitalizó a la política en no pocos países del continente: el propósito mayor de la reconquistista de la institucionalidad democrática. Esta inspiró búsquedas, luchas y revisiones de las que emergió robustecida una cultura democrática capaz a la vez de afirmar las condiciones (reglas constitutivas) que todos los actores deben aceptar y de reconocer la diversidad de orientaciones admisibles (reglas normativas).⁵⁴ Ello es sin duda necesario, pero no suficiente, para enfrentar el desencanto.

Para afianzarse, la democracia necesita profundizarse, lo cual luce problemáticamente vistas las formas del des-

⁵⁴ Para que la acción política pueda asumir su sentido pleno, "la sociedad, en particular, el sistema político, deben ser capaces de garantizar el cumplimiento de dos condiciones básicas: a) la existencia de una clara distinción entre reglas constitutivas y reglas normativas de la acción política; y la afirmación, igualmente clara, de su complementariedad; b) la creación de un Instituto bajo la forma de la constitución del derecho legítimo de la revisión de una pluralidad de reglas normativas específicas". (J.C.Pontaniero, *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el Estado y la sociedad*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1988, pág.186).

rollo, y de la falta de desarrollo, que tienden a prevalecer en la región. El desafío es precisamente el de conjugar diversos aspectos de la pluralidad irreductible de la sociedad de modo tal que ella vivifique nuevos ciclos de crecimiento. La reconversión productiva que procura América latina requiere a su vez de una profunda reconversión de la política. Y aquélla puede inducir ésta.

Fin de siglo al sur del Río Grande

A la política le corresponde poner en evidencia los senderos de avance que las diversas prácticas sociales van dibujando, anticipar los peligros y las oportunidades que nos esperan en el camino, forjar los símbolos en los que pueda reconocerse la voluntad colectiva.

Para afianzarse, la democracia ne-

cita profundizarse, lo cual luce problemáticamente vistas las formas del des-

El continente de lo real maravilloso no ha sido incapaz de generar innovaciones políticas de gran impacto. Lo fueron la Revolución Mexicana y la Revolución Cubana. También lo fue la dinamización teórica y práctica alumbra por la Reforma Universitaria, movimiento signado por la convicción acerca de la singularidad latinoamericana. Sigue viva una de las mayores invenciones ético-políticas de América Latina: la irrupción de un cristianismo de base como movimiento masivo de cuestionamiento a las estructuras de dominación social y de reivindicación de alternativas a la modernización en curso.⁵⁵

En una reivindicación de esa fondo-

que le pueden danzir corrientes de izquierdista progresistas de muy diversas vertientes. A primera vista, sin embargo, no se trata más que de un encuentro en el rechazo: el clima de la posmodernidad congelearía el crecimiento de toda alternativa con inspiración solidaria y colectiva. Semejante testitura pesimista constituye la clave de bóveda de lo que hemos descrito como el "escenario tendencial" de América Latina. Pero este edificio no carece de fisuras.

Ante todo, la posmodernidad pue-

de legitimamente ser vista como des-

encanto con la modernización y con la

primacía de la razón instrumental, más

que con la modernidad en sí misma.⁵⁶

⁵⁵ Leonardo Boff, *Teología del cautiverio y de la liberación*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1978.

⁵⁶ Norbert Lechner, *Los patos internos de la democracia. Subjetividad y política*, citado, pág.168-169.

Esa modernización ha cobrado en los últimos años nuevo y formidable ímpetu, proveniente de los impulsos conjugados de la nueva mutación técnico-productiva de las penurias del Estado de bienestar, del fracaso de tantos regímenes "estatistas", del retroceso general de las izquierdas. Paradójicamente, en plena era del pluralismo posmoderno, una creencia monista se afirma orgullosa: modernización no habría más que una.

Sus costos materiales y espirituales adquieren también visibilidad creciente. La racionalidad instrumental y parcelada agredie al ambiente y a la convivencia, ensombreciendo las perspectivas de futuro aun de los mejor ubicados en la siempre despareja distribución de bienes y posibilidades. Las rentabilidades suscitadas por las lógicas de auge reducen -en términos de plazos, espacios, número de beneficiarios- suelen resultar crecientemente irracionalistas vistas en marcos algo más amplios. Pero ello no hará sino acentuar las conductas sectoriales inducidas por las racionalidades fragmentadas, salvo que se manifiesten objetivamente viables y deseables otras alternativas.

Pues bien, las dinámicas profun- das de la sociedad contemporánea difi- cultemente tenían consecuencias de un solo color. Ellas han potenciado esa modernización que desemboca incluso a quienes mejor tratan. Pero también parecen abrir resultados por los cuales otros estilos de modernización pudieran infiltrarse en la historia. Los cam- bios en curso no sólo impulsan la mercantilización de la vida entera, la burocratización impersonal de las rela- ciones humanas, la segmentación y la desigualdad; también abren posibili- dades nuevas para lógicas colectivas, para que formas varias de la democra- cia rimen con eficacia.

Las izquierdas han debido resig- narse a que el futuro no les está garan- tizado. Deben aprender que tampoco



les está negado. Su porvenir dependerá de la medida en que sepan colaborar para que diversas modalidades de la innovación solidaria tomen cuerpo hasta configurar, en varios sentidos, alternativas más eficientes a la modernización dominante. Ello exige invencio- nes colectivas, para lo cual América Latina es tierra propicia. Este es un continente joven, más de la mitad de su población tiene menos de 25 años; reclama proyectos a tono con sus ener- gías, sus tradiciones solidarias y su personalidad propia.

¿Viviremos nuevas etapas y mo- dalidades nuevas de activación popu- lar en la batalla social por otra modernización, más auténtica y más equitativa? La escena permite visualizar ciertos gérmenes de hipotéticos escenarios alternativos y asimismo el peso aplastante del escenario tendencial.

Pero nada logra hundir la capaci- dad latinoamericana para inventar sor- presas y símbolos. En estos días ella ha vuelto a evidenciarse en Guatemala, memoria de la América precolombina, esperanza de regeneración continental a mediados de este siglo, herida abierta en nuestra conciencia desde entonces. Allí, la nueva serie golpista que amenaza extenderse por la región ha sido bloqueada por la respuesta de la socie-

dad civil. La gente ha vuelto a la calle. La encabeza, quinientos años después del inicio de la conquista, una mujer india aludid a los derechos humanos, consigna hoy más moderna que nunca.

Si: "el problema a resolver es de qué modo queremos los latinoameri- canos ser modernos".⁵⁷ Por ello el porvenir de nuestro continente dependerá grandemente de un encuentro que está pendiente: el de sus riquezas y polifácetas dinámicas grupales de base con proyectos de desarrollo ajustados a las nuevas realidades de la pro- ducción y la comunicación. En el fondo, aquél no tienen dicho sino que ese encuentro es posible.

Indicios alentadores se encuentran si duda a lo largo y a lo ancho del continente. Muestran que diversos tipos de relacionamiento del sector pú- blico con trabajadores, empresarios, cooperativistas, técnicos, científicos, educadores y activistas sociales pue- den generar círculos virtuosos de apren- dizaje e interacción eficiente. Ya se puede describirlos en la reconversión de la producción, la renovación de la vida cotidiana, la revitalización de la educación o la reforma del Estado,

⁵⁷ Frase final del artículo de J.Arioi, "1917 y América Latina", citado, pág.142.

entre otros ámbitos. La práctica política no puede inventarlos ni debe dirigirlos. Pero ella es imprescindible para que esos círculos virtuosos crezcan y se multipliquen. Tiene que propiciar su surgimiento, informando y fomentando encuentros de actores; respaldar su crecimiento; difundir sus experiencias; articular sus esfuerzos. Le toca ser en algún sentido tanto el catalizador de los procesos innovadores como el integrador de sus resultados en una suerte de gran rompecabezas: el crecimiento auto-sostenido.

En el diálogo democrático de la sociedad consigo misma, a la política le corresponde poner en evidencia los senderos de avance que las diversas prácticas sociales van dibujando, anticipar los peligros y las oportunidades que nos esperan en el camino, forjar los símbolos en los que pueda reconocerse la voluntad colectiva, emitir los mensajes que resuman las grandes opciones.

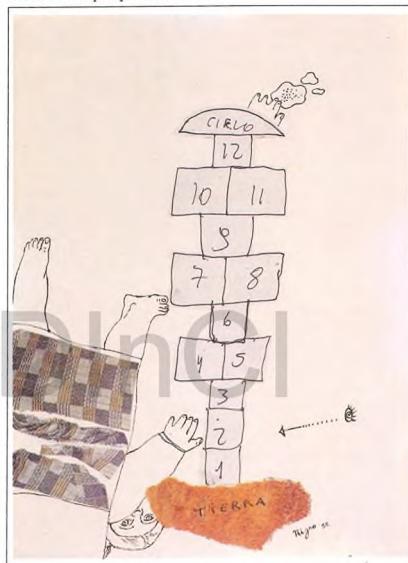
Ante los desafíos de la innovación, desde las memorias y vivencias que constituyen lo mejor de la identidad colectiva, la política ha de dibujar las tareas y las luchas que tenemos por delante. Vale decir, debe resolver el problema cardinal que es forjar la renovación con los metales nobles de la tradición.

¿Es viable una política para la innovación? Ha llegado a ser posible -sin dejar de ser improbable- que la equidad y la solidaridad devengan claves eficientes de transformación productiva y de modernización. Pero el "sentido común", la formación pre-aceiciente, los valores dominantes y las políticas corrientes han quedado por detrás de las nuevas realidades y posibilidades. Así se configuran los desafíos que la izquierda ha de afrontar.

La magnitud de los problemas a resolver no debería ser exagerada. Al final de este siglo latinoamericano, el resumen del realismo sin miopía vuelve a encontrarse donde lo ubicaba a comienzos del anterior Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar: o inventamos o erramos. Los escenarios alternati-

tivos son improbables porque exigen inventar colectivamente. Semejantes invenciones son, casi por definición, acontecimientos poco probables. Pero

se suceden a lo largo de la historia, alterando una y otra vez las tendencias dominantes. □



* Rodrigo Arocena

Nació en 1947; es militante de la izquierda uruguaya desde 1965. En 1968 fue co-presidente de la Convención de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay y su Secretario de Relaciones Sindicales. Adhirió al Frente Amplio desde su surgimiento. Exiliado en Venezuela, allí se doctoró en Matemática y en Estudios del Desarrollo y fue docente universitario. Actualmente es profesor titular de Matemática y de Ciencia y Desarrollo, en la Facultad de Ciencias de Montevideo. Ha colaborado con *Cuadernos de Marcha, Brecha, Nueva Sociedad, La República* y otras publicaciones. Es autor de *La crisis del socialismo de Estado y más allá* (Editorial Trilce, Montevideo, 1991).